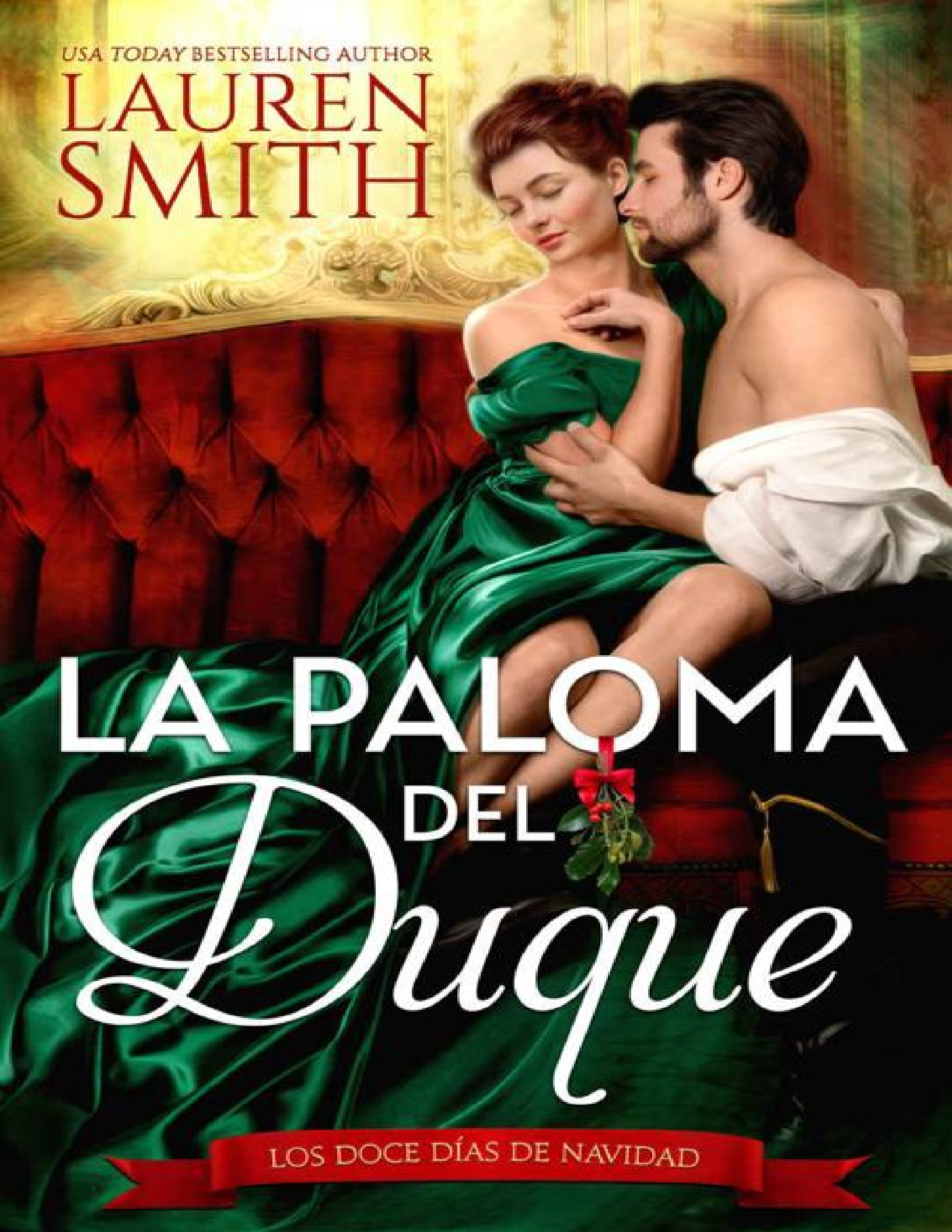

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
LAUREN SMITH
LA PALOMA DEL Duque
LOS DOCE DÍAS DE NAVIDAD

LA PALOMA DEL DUQUE



LAUREN SMITH

Traducido por
L. M. GUTEZ

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Prólogo
Capítulo 9

CAPÍTULO 1



Inglaterra-Víspera de Navidad de 1821

ES UNA NOCHE JODIDAMENTE FRÍA, ¿EH, NATHAN?

Nathan Powell, el duque de Hastings, miró irritado a su hermano menor, Lewis, quien apenas era visible a la luz del farol del carruaje. La llama ondulaba y chisporroteaba mientras el farol se mecía ligeramente con el movimiento del carruaje. No era una buena noche para viajar. El humor de Nathan era a menudo deprimente últimamente, pero ahora era más deprimente que nunca. Cuando salieron de su finca, a pocos kilómetros de distancia, el cielo ya estaba cargado de nubes de tormenta invernal. Para su suerte no podría viajar debido a la nieve y pasaría la Navidad en casa de otra persona.

Despreciaba la Navidad. Era una época de amor, de alegría, de esperanza. Las tres cosas que ya no tenía. Pero eso era de esperar cuando le habían roto el corazón hacía ocho años.

Nathan, no tenías que venir esta noche el tono habitualmente burlón de Lewis se suavizó. Sé cómo te sientes en esta época del año. Quizá podrías intentar disfrutarla, sólo por esta vez Lewis sólo tenía veinticinco años, tres menos que Nathan, y aún conservaba la fresca esperanza que da la juventud cuando se trata de las fiestas.

Sabía que su hermano no pretendía sonar compasivo, pero lo hizo, y eso lo enfureció. Como duque, no le correspondía ser compadecido por nadie. Su padre le había enseñado eso muy bien. Un duque era un hombre de poder, y su título exigía respeto, incluso de su propia familia.

Le prometí a Sir Giles que haría acto de presencia refunfuñó Nathan.

Giles Pemberton había sido un gran amigo de su madre y de su padre, más de su madre que del difunto duque, quien llegó a tener pocos amigos de verdad. Su conducta amargada y su rígido control habían dejado mucho que desear cuando se trataba de entablar relaciones duraderas con alguien, incluyendo con su propia esposa e hijos.

Sí, bueno, estoy seguro de que Sir Giles estará feliz de que hayas venido. Yo también lo estoy. No estaría nada bien aparecer sin ti en algo tan importante como esto su humor ya se estaba animando de nuevo, pues parecía estar pensando en la gran fiesta que les esperaba.

Había tenido que convencer a Nathan de que la fiesta valía la pena. En estos días, Nathan se mantenía muy reservado, concentrándose en las granjas de los arrendatarios y en el tiempo que había pasado en Londres como miembro de la Cámara de los Lores. Todo lo demás había perdido sentido para él en los últimos años. La vida misma se había marchitado, cada momento carecía de un propósito, de una razón para continuar.

Me he convertido en un cascarón vacío.

Lewis empezó a hablar de nuevo, y la conversación era casi unilateral, aunque a Nathan no le importaba. Ni siquiera prestaba atención a lo que decía su hermano. Lewis era un tipo despreocupado y siempre tenía algo que decir, pero Nathan ya no tenía ganas de participar. De niños, habían sido muy unidos, casi inseparables. Cuando los sueños del futuro de Nathan se habían hecho añicos, la relación con su hermano, con su madre y con todo el mundo se había marchitado como lo hace una enredadera en invierno. Nathan miró por la ventanilla del vagón, ensimismado, mientras sus ojos recorrían los kilómetros de tierra nevada.

Lewis es un diablo con suerte. Envidiaba la libertad de Lewis.

Como cabeza de familia, Nathan tenía pocas opciones que pudiera tomar libremente. Incluso después de obedecer todas las reglas, había perdido mucho. *Demasiado*. Enterró los recuerdos agridulces en lo más profundo de su corazón herido, dando la bienvenida al dolor en su pecho. Era un dolor que se merecía porque él lo había causado.

¿Cuánto falta? gruñó Nathan.

Por fin hablas dijo riendo. En cualquier momento miró por la ventanilla. Creo que veo las luces de la casa.

Salieron de entre una hilera de árboles de hoja perenne y se encontraron con la acogedora vista de Pemberton Hall, el hogar de Sir Giles y su familia. Las luces de la casa iluminaban la blanca nieve, proyectando un resplandor dorado. Unos cuantos carruajes delante de ellos se alineaban ante la gran puerta de entrada a la mansión de estilo palladiano.

El recibidor era en sí era una extensión de piedra color canela enclavada entre árboles cubiertos de nieve fresca. Las ventanas de la planta baja estaban iluminadas con velas y Nathan pudo ver a las parejas bailando cuando su carruaje se detuvo ante las puertas.

Hemos llegado anunció Lewis con una sonrisa. Por un instante, sus ojos se cruzaron con los de Nathan y éste no pasó por alto el atisbo de dolor en la mirada de Lewis. Espero que lleguemos a tiempo para las festividades las palabras sonaron un poco forzadas, como si temiera no disfrutar de la velada si Nathan no lo hacía. Eso lo molestó mucho. Su hermano tenía derecho a vivir su propia vida, hacer su fortuna y elegir su propio destino. No merecía sufrir junto a él.

Es un baile. Tendrás horas para seducir a las damas los labios de Nathan formaron una fina sonrisa mientras intentaba burlarse de su hermano. Había pasado tanto tiempo que casi había olvidado cómo hacerlo. Estoy seguro de que hay muchos muérdagos para ayudarte en tu nefasta misión.

¿La seducción es nefasta? Entonces soy todo un demonio bromeó. ¿Y tú, hermano? Por fin te vas a decidir por una duquesa ahora que… no terminó, pero Nathan sabía qué palabras había estado a punto de decir.

Ahora que estás libre del control de padre.

Cielos, no. Planeo morir sin heredero para que tú heredes todos los problemas sonrió esta vez con más naturalidad al ver la fingida expresión de horror de Lewis.

Nunca digas eso, Nathan. Sabes que sería un duque terrible. Sentado todo el día en la Cámara de los Lores, escuchando a los hombres discutir y quejarse. Y, al parecer, muchos de esos lores llegan a roncar… su hermano pequeño se estremeció. Sí, debemos encontrar una joven dama para ti esta noche, y engendrarás un heredero de inmediato, aunque sólo sea para evitar que tu amado hermano se convierta en duque.

Puede que seas el único hombre en Inglaterra que rechazaría un ducado.

Y con razón. Menudo lío montaría dijo con toda sinceridad. Veamos. Sir Giles me envió una lista de los invitados al baile. ¿Te digo los nombres?

Como Nathan no tenía intención de buscar una dama para casarse, no le pareció mal dejar

que su hermano hiciera de casamentero mientras esperaban a que un lacayo los asistiera.

Muy bien, ¿quién está en tu lista?

Hay una condesa italiana que enviudó hace poco: Rafaela Sabatini. Se rumorea que es toda una belleza, pero probablemente tiene mal genio. Ya sabes cómo pueden ser los italianos.

Creo que el término que buscas es *apasionada*, Lewis. Los italianos son apasionados.

Cierto, apasionados sus ojos azules brillaron con picardía. Y luego está Emma Christie, la hija del vizconde Fordham. He escuchado que es muy hábil con las cartas. Nunca juegues contra ella si valoras tus monedas.

Lewis dijo con una risita. Estoy percibiendo que las damas que llamaron tu atención parecen tener todas un poco de vicio.

Bueno, el vicio es más interesante, ¿no? ¿De verdad querrías conocer a una dama que no tiene nada interesante? ¿Una chica que pinta acuarelas tontas o cotillea tomando el té? Por Dios, no. Un hombre necesita una mujer que tenga el mismo deseo de una vida colorida e interesante que él declaró esto con tal aire de sabiduría ancestral que Nathan decidió que tenía que estar tomándole el pelo.

Muy bien, ¿qué me dices de las chicas aburridas? Háblame de ellas dijo, mordiéndose el labio para ocultar una sonrisa.

Aburridas… se dio golpecitos en la barbilla. Siempre hay uno o dos Poncenby sueltos. Pepper, creo, sigue soltera.

Dejemos de lado a Pepper. No soporto a ese dandi al que llama hermano.

Muy bien, nada de Poncenbys. Bueno, los Russell podrían estar allí.

Creí que habías dicho que me ibas a hablar de las aburridas. Se rumorea que Lysandra Russell es excéntrica y bastante interesante, y no tengo ningún interés en relacionarme con sus salvajes hermanos, por muy fascinante que sea la dama.

Sólo entonces vio Nathan un brillo de astucia en los ojos de Lewis que le dijo que había entendido a la perfección los planes de su hermano.

Bueno, hay una familia más que vale la pena mencionar. John Swann está presente esta noche, junto con su familia frotó las palmas de sus manos sobre sus muslos con impaciencia. Una multitud de oportunidades allí.

¿Vienen los Swann? ¿Por qué no lo mencionaste desde el principio? Sabes muy bien que no habría venido. Yo… las palabras murieron en sus labios. Por un segundo, no pudo pensar, no pudo respirar. ¿Estaría *ella* aquí esta noche? ¿La mujer que había amado y perdido hacía casi una década?

Eso me han dicho. Las siete hijas de Swann fueron invitadas le lanzó una mirada de intriga. ¿No estuviste a punto de declararte a una de ellas? Thea, ¿no?

¡Sabes muy bien que planeaba casarme con ella antes de que padre lo impidiera! casi lo dijo gruñendo. Su furia había vuelto.

Es cierto… Bueno, yo era un chaval cuando lo hiciste. Estaba más concentrado en meter ranas en los bolsillos del delantal de la cocinera que en escucharte hablar de tus romances. Desde luego, evitaba a padre siempre que podía le recordó con gentileza, pero eso no borró el dolor cegador que llenaba el pecho de Nathan.

Theodosia Swann. *Mi Thea*. Incluso después de tantos años, el corazón de Nathan seguía reclamándola como suya. Sólo había amado a una mujer, sólo había querido a una mujer. Y a pesar de tener el deber de engendrar un heredero, no podía imaginar una vida con nadie más, no después de haber amado y perdido a Thea. Debía vivir en el infierno que él mismo había creado porque se lo merecía, porque le había roto el corazón, al igual que el suyo. Ella tendría ahora

veintiséis años, probablemente casada con algún hombre. Tendría un par de hijos, hijos por los cuales Nathan habría dado cualquier cosa por que fueran suyos.

Seguro que la mayoría de las hermanas Swann ya están casadas reflexionó Lewis. Puede que aún queden una o dos lo bastante jóvenes para… pero Nathan hizo caso omiso a lo que dijo a continuación, dejándose llevar por sus pensamientos, muy atrás en el tiempo.

CAPÍTULO 2



Hace ocho años

¿PADRE? NATHAN ENTRÓ EN EL DESPACHO DE SU PADRE. EL DUQUE ESTABA SENTADO ANTE SU escritorio, con la cabeza inclinada mientras miraba un montón de papeles.

¿Qué pasa? le espetó.

Yo… eh… señor, deseo tener una conversación con usted. Es de suma importancia miró hacia la puerta, donde estaba parada su madre. Ella asintió animándolo. Lo había convencido de que había llegado el momento de pedir permiso a su padre para casarse. Su madre aprobaba el matrimonio, por supuesto. ¿Quién no adoraría a Thea Swann? Su madre le hizo un gesto con la mano y cerró la puerta del estudio para que Nathan pudiera hablar a solas con su padre.

¿Qué puede ser tan malditamente importante? Tengo que revisar estas cartas antes de que acabe el día y tener mis respuestas redactadas de una vez, así que acaba ya, muchacho espetó Hastings.

Nathan había ensayado ese discurso miles de veces. Deseaba desesperadamente contarle a su padre todo lo que guardaba en su corazón, pero temía lo que ocurriría cuando lo hiciera. Su padre era un hombre frío, un hombre que no creía que el amor o la pasión debieran existir en un matrimonio. Creía en las tierras, el dinero y las conexiones poderosas. La familia de Thea no ofrecía nada de eso. No eran más que la nobleza terrateniente del país. Sin embargo, cualquiera que hubiera conocido a Thea sabría que sería una duquesa perfecta.

Deseo proponerle matrimonio a la señorita Swann hoy. Ya he hablado con su padre sobre ello, y ha dado su consentimiento.

El duque levantó la cabeza, esta vez con toda su atención puesta en Nathan.

¿Qué piensas hacer qué? la ironía en su tono le advirtió que no era una noticia agradable para su padre.

Yo… deseo casarme con la señorita Swann.

No la respuesta fue tan rápida que, por un segundo, Nathan pensó que la había imaginado.

Padre…

No sus ojos estaban llenos de furia mientras miraba a Nathan. Una cara bonita no es importante. Debes casarte sabiamente. Yo elegiré a tu novia por ti. Y no te casarás, todavía no. Esperarás a tener al menos veinticinco años antes de elegir novia.

Pero…

Esa es mi última palabra. No me desobedecerás.

La ira de Nathan aumentó.

¿No te desobedeceré? Dígame, padre, ¿qué puede hacer para impedírmelo? Tengo veinte años, estoy en mi derecho de casarme si quiero, y el padre de la dama está de acuerdo había tomado su decisión. No dejaría que su padre le impidiera casarse con Thea.

¿Qué puedo hacer? ni siquiera se puso de pie para enfrentarse a él. Sus labios crueles se torcieron en una sonrisa aterradora. Puedo comprar las deudas que el señor Swann tiene con sus acreedores, y puedo quitarle todo su mundo a él y a su prole de hijas inútiles. Cuando se quede sin un céntimo y se muera de hambre y sus hijas se prostituyan, tú serás el culpable.

Nathan actuó sin pensárselo dos veces y se abalanzó sobre el escritorio, alzando su puño, y golpeó a su padre. El hombre gruñó y cayó de la silla al suelo. Se tocó la boca, tenía el labio cubierto de sangre, pero lo curvó en una mueca mientras miraba a Nathan.

No vuelvas a hablar así de Thea ni de su familia advirtió Nathan. Cada palabra estaba impregnada de una furia tan fría como la de su padre.

Ten cuidado, muchacho. Dejaré pasar esto hoy, pero si te atreves a volver a pronunciar el nombre de esa muchachita o a hablar en mi contra, la destruiré a ella y a su familia sin pensármelo dos veces.

No dudaba de las amenazas de su padre. Nunca había imaginado que su padre no aprobaría a Thea. Los Swann eran una buena familia. No eran una vergüenza, y no tenían ningún escándalo unido a su nombre. Simplemente no pertenecían a la nobleza. No se había imaginado que eso fuera un crimen. Sin embargo, era evidente que para su padre lo era, lo suficiente como para arruinar su vida y la de Thea si no ponía fin a su entendimiento con ella.

Enderezó su chaleco y salió del despacho de su padre, sintiendo la cabeza un poco aturdida y los oídos zumbándole como si hubiera sido él quien había recibido el golpe y no su padre.

¿Nathan? ¿Qué ha dicho? su madre había estado rondando cerca, y fue directo hacia él.

No puedo tenerla, madre susurró, con las palabras cortándole la garganta. No me dejará casarme con Thea.

Oh… oh, mi pobre muchacho le pasó un brazo por los hombros mientras su mundo se derrumbaba a su alrededor.

Cuando su mirada se encontró con la de ella, vio su pena, su dolor. Ella entendía mejor que nadie lo que significaba tener una vida destruida. Casarse con el duque de Hastings la había alejado del hombre al que realmente había amado y con el que deseaba casarse, pero había estado intentando ayudar a su propia familia a salir de las dificultades. Ella también tenía cargas que soportar por la crueldad de su marido. Él no le levantaba la mano, pero sus palabras y sus estados de ánimo eran lo suficientemente negros como para herirla tan profundamente.

Dijo… que arruinaría al señor Swann si me casaba con Thea en contra de sus deseos. Ni siquiera debo pronunciar su nombre… durante los dos últimos años, Nathan se había sentido como un hombre, no como un niño, pero en los últimos minutos su padre lo había reducido a sentirse como un niño asustado. Sólo podía pensar en Thea y en lo que le ocurriría si no obedecía.

Debes ir a verla por última vez. Dile la verdad. Merece escucharla de ti. Luego debes dejarla ir. Alguien nuevo la amará, se casará con ella y le dará todo lo que tú no puedes. Mientras tu corazón se rompe, te consolará saber que está a salvo y es feliz, aunque no esté contigo las palabras de su madre se entrecortaron un poco cuando su propio dolor del pasado se mezcló en su discurso. Su cabello oscuro, ahora con hilos plateados, y sus ojos azules, que tanto amor albergaban por él y por Lewis, ahora estaban nublados por las lágrimas.

Madre…

Siempre sabrás que comprendo lo que significa perder a quien amas. Estoy aquí para ti, hijo

mío. Siempre ella se había secado los ojos y él había recuperado parte de su compostura, la suficiente para acompañarla a su habitación privada, donde podría tener tiempo para llorar su propio pasado.

Enderezó los hombros y se dirigió hacia la puerta principal. Un joven mozo se encontró con él en la puerta y pidió que prepararan su caballo. La mansión Swann no estaba lejos, sólo a un cuarto de hora a caballo.

Durante el trayecto hacia la casa de Thea, su cabeza estaba extrañamente vacía de pensamientos y su corazón carente de emociones. Era como si una parte de él hubiera muerto o simplemente se hubiera desvanecido al saber que la había perdido.

Nathan se bajó del caballo al llegar a la puerta de la casa de los Swann. Un mozo de cuadra cogió sus riendas y un lacayo cogió su sombrero y guantes.

Vengo a ver a la señorita Swann le informó al mayordomo.

Por supuesto, milord el mayordomo hizo una reverencia y fue a buscar a Thea.

La casa de los Swann, aunque no tan grande como la suya, era cálida y reconfortante, con un aire de casa de campo que llenaba todas las habitaciones. Las flores silvestres pintadas en las paredes y los cálidos paneles de madera de nogal de las habitaciones hacían que cada día pareciera primavera, incluso en medio de los inviernos más duros. Esta casa, en muchos sentidos, había sido más un hogar para Nathan que la mansión Hastings.

Milord, está en el huerto, si desea reunirse con ella.

Gracias le asintió al mayordomo y atravesó la casa, conociendo perfectamente el camino hacia el huerto.

Salió a la terraza trasera, su corazón se llenó de un repentino y desesperado anhelo al ver el camino de hierba verde bordeada de cerezos en flor. Las flores rosas y blancas adornaban cada rama de cada árbol hasta donde alcanzaba la vista. Bajó los escalones de piedra y pisó la suave hierba verde esmeralda. En los jardines de los Swann reinaba siempre un suave silencio, como si uno se hubiera sumergido en el sueño más maravilloso justo antes de que amaneciera. Ni un pájaro trinaba demasiado alto, ni a una rosa le crecían demasiadas espinas. Era un paraíso distinto a todo lo que había conocido. Avanzó por el camino de los cerezos. Cuando sus ramas temblaban y se agitaban con la ligera brisa, sonaban como una docena de mujeres susurrando suavemente detrás de sus abanicos de color rosa brillante.

¿Qué secretos pueden leer los árboles en mi rostro? ¿Sabrán que he venido a romper el corazón de su señora?

Al final del sendero, bajo la sombra moteada de un árbol robusto, estaba Thea, con un libro en las manos. Quería correr, gritar su nombre, borrar la pelea con su padre, pero eso nunca podría deshacerse, a menos que estuviera dispuesto a hacerle daño a ella y a su familia.

Nathan se detuvo a menos de tres metros de ella y se quedó sin aliento cuando intentó pronunciar su nombre por primera vez.

Thea… apenas fue un susurro, pero la brisa llevó el sonido hasta ella.

Levantó la vista, su cabello castaño brillaba como el oro del verano mientras su rostro se iluminaba con la sonrisa que había cautivado su corazón cuando sólo tenía catorce años.

Te he amado, mi Thea, más de lo que jamás podrás imaginar.

Las palabras sólo fueron pronunciadas en su interior. Lo habrían hecho pedazos si hubiera intentado pronunciarlas en voz alta.

¡Nathan! se levantó de un salto y arrojó el libro suavemente sobre la hierba. Su vestido rosado era de un color tan intenso, a juego con el rubor vivaz en sus mejillas, lo que hizo que su corazón latiera con fuerza.

Thea, espera… intentó levantar las manos cuando ella se lanzó contra él, cubriéndole la cara de besos como lo hacía a menudo. Pero esta vez no pudo devolvérselos.

Cogió sus muñecas con suavidad y la apartó lentamente de él.

Nathan, ¿qué ocurre? preguntó. El brillo de su alegría natural disminuyó a medida que estudiaba su rostro con más claridad.

Yo… hablé con mi padre y así fue como empezó a decirle a la mujer que amaba más que a su propia vida que no podía darle lo que ambos habían soñado durante años.

¿No nos dejará casarnos? preguntó débilmente mientras liberaba sus muñecas. Él la soltó, sintiendo que el abismo se hacía más profundo entre ellos.

Le dije que me casaría contigo sin su permiso, pero amenazó a tu padre, a toda tu familia. Dijo que tus hermanas acabarían en las calles… se detuvo, incapaz de expresar todo el horror que su padre le había advertido que les ocurriría. Thea, por favor, mírame le suplicó.

Ella levantó la mirada hacia la suya y él vio cómo todo su universo se derrumbaba en sus ojos, como si muriera una estrella lejana la cual siempre lo había guiado a casa. Ahora esa estrella había desaparecido y él estaba a la deriva, perdido para siempre en un mar de noche.

Pero yo te amo… dijo Thea, como si esas palabras fueran la respuesta a cualquier desafío que tuvieran que afrontar juntos.

¿Condenarías a tu familia a sufrir? preguntó en voz baja. ¿Verías a tu padre convertirse en un hombre arruinado? ¿Querrías perder tu casa y ver morir de hambre a tu madre y a tus hermanas? No puedo soportar esa carga. Te amo demasiado. ¿Lo entiendes? nunca sabría de dónde sacó la fuerza para decir esto.

Lo entiendo su voz fue muy pequeña, como la de una niña quien de repente se ha dado cuenta de que debe crecer. Nathan deseó poder haberle mentido, haberla abrazado y haberle dicho que todo iría bien, que sus vidas no iban por caminos distintos que los separarían para siempre.

La cogió entre sus brazos cuando ella trató de escapar. Forcejeó contra él antes de que su cuerpo se rindiera y enterrara la cara contra su pecho, empapando su chaleco con lágrimas. Nathan levantó la cabeza y miró a través de las copas de los árboles de brillantes flores rosas y blancas hacia el implacable cielo. Un suspiro estremecedor se le escapó mientras la estrechaba entre sus brazos, sintiendo como si su corazón latiera por primera vez en años. Sólo latía por ella. Eso nunca cambiaría.

Thea, te amaré hasta que perezca la última estrella del cielo… y quizá incluso más allá tragó con dificultad. Prométeme algo le levantó la barbilla con una mano para que lo mirara a los ojos, prométeme que vivirás una vida plena. Que encontrarás a un hombre que te amará y te adorará y que tendrás muchos hijos para que algún día… escuche hablar de tu alegría y eso me dé un poco de paz.

Nathan… sus ojos gris verdosos se llenaron de lágrimas, y la visión de su dolor en ese momento lo perseguiría hasta su último aliento.

Júramelo le exigió.

Ella asintió.

Necesito escuchar las palabras salir de tus labios le cogió la cara.

Te lo juro su voz fue firme, pero su pena y su dolor tenían vida propia y se transformaban en sombras oscuras en sus ojos, traicionando su fuerza.

Quería besarla, pero si lo hacía, nunca encontraría la fuerza para soltarla.

Nathan la soltó, dio un paso atrás y, con una última mirada llena de arrepentimiento, se alejó. El sonido de ella sollozando su nombre cavó agujeros negros en su corazón, los cuales nunca

sanarían.

CAPÍTULO 3



Nochebuena de 1821

EL PASADO ERA AHORA ALGO DOLOROSO, UNA CRIATURA QUE NADIE QUERÍA VER SACADA A LA luz. Sin embargo, Nathan iba a enfrentarse a su pasado esta noche en el salón de baile de Sir Giles. Miró a su hermano. Lewis, siendo el sustituto del heredero, había escapado a gran parte de la ira de su padre y había logrado encontrar la alegría en la vida, donde Nathan y su madre habían fracasado. Parecía completamente imperturbable ante el repentino y sepulcral silencio de Nathan.

Lewis seguía hablando, sin darse cuenta de que Nathan había vuelto de sus recuerdos hacía un momento y de que apenas empezaba de escuchar la emocionada charla de Lewis.

Muchas de las señoritas Swann siguen solteras. Lo que significa que tendré que andarme con cuidado. No quisiera que el señor Swann me descubriera comprometiendo a una de sus hijas. Tendría mi cabeza o mi propuesta de matrimonio. Ninguna de las dos situaciones me atrae soltó una risita.

Nathan negó con la cabeza. Algún día Lewis se vería atrapado en un matrimonio o en un duelo.

Un lacayo joven y rubicundo salió corriendo a su encuentro y abrió la puerta.

Bienvenidos, Alteza, milord. Lamentamos mucho el retraso. Los otros carruajes se quedaron atascados en la nieve y tardamos un minuto en moverlos se inclinó ante ellos.

Nathan le dedicó una sonrisa cansada. Probablemente era el único hombre en Inglaterra al que no le gustaba tener un título, o al menos no le gustaban las responsabilidades y expectativas que conllevaba. El único beneficio que tenía era que su padre había muerto. No había habido amor perdido entre el difunto duque de Hastings y sus dos hijos, incluso antes de que su padre impidiera que Nathan se declarara a Thea.

El "viejo cascarrabias", como Lewis le llamaba a menudo, había tenido mal genio, incluso en sus mejores días. No se le podía satisfacer, no se le podía complacer. Sólo después de su inesperada muerte, Nathan se había dado cuenta de que había renunciado a todo lo que amaba, cuando podía haberle pedido a Thea que esperara. Pero entonces, a sus veinte años, Nathan no había sido capaz de ver ocho años en el futuro y saber que su padre ya no estaría. Lo único que sabía era que su padre probablemente habría intentado vivir para siempre sólo para fastidiar a Nathan. Y ahora era demasiado tarde. Thea estaba sin duda casada. Habría mantenido su palabra, como había prometido aquel horrible día.

Un nuevo dolor pinchó su corazón al saber que se enfrentaría a ella por primera vez desde la

última vez que se habían visto, ocho años atrás. A pesar de la cercanía general de la sociedad inglesa de clase alta, se había mantenido alejado de cualquier circulo social que la hubiera puesto a la vista o incluso que los hubiera hecho entablar una conversación.

Sí, le había exigido que aceptara seguir adelante, pero eso no significaba que quisiera verse obligado a enfrentarse a esa dolorosa realidad una y otra vez. Hacía tiempo que había aceptado ser un cobarde. Así que se había convertido en un recluso, escondiéndose en su finca en el campo o viajando al norte para ocuparse de sus tierras en Escocia. Su plan había funcionado. No había escuchado ni una palabra sobre Thea o cualquiera de los Swann, y por eso había estado agradecido... hasta esta noche.

¿Estás bien, hermano? preguntó Lewis cuando ambos estaban frente a la puerta principal de la casa de Sir Giles.

No, no, me temo que no murmuró.

Lewis enarcó una ceja de manera interrogativa.

Tal vez Thea no esté aquí esta noche.

Me temo que la suerte nunca está con un hombre como yo sin duda ella estaría aquí, y se vería obligado a verla bailar en el salón de baile con un hombre apuesto y a escuchar murmullos sobre sus hermosos hijos y su maravillosa vida, todo lo cual se merecía.

Su hermano pequeño le puso una mano en el hombro.

No nos quedaremos mucho, entonces. Unos cuantos bailes y podremos disculparnos y escabullirnos.

No, no deseo privarte de la alegría de esta noche. Lo soportaré Nathan intentó sonar burlón, pero por la expresión de lástima en el rostro de Lewis, supo que había fracasado rotundamente.

Subieron los escalones que conducían a las puertas de roble pintadas de negro de Pemberton Hall, atravesando la espesa capa de nieve que cubría las escaleras de piedra, donde el mayordomo esperaba para coger sus abrigos. Lewis, que iba sólo unos pasos por delante de Nathan, se volvió y le dirigió una sonrisa y un guiño antes de entrar en el gran salón de baile, donde desapareció rápidamente entre la multitud.

Nathan frunció el ceño. Despreciaba estas reuniones sociales. Todo el mundo intentaba arrojar a sus hijas bajo sus pies, como si esperaran que les propusiera matrimonio en cuanto tropezara con ellas. Más de una vez había evitado por los pelos quedarse atrapado a solas en una habitación con una joven.

Una vez, en ese mismo escenario, se había dado cuenta de que estaba a punto de ser "descubierto" a solas con una joven temblorosa que claramente estaba aterrorizada de estar a solas con un hombre. Se disculpó apresuradamente y corrió hacia la ventana más cercana, que afortunadamente estaba parcialmente abierta. En el momento en que las botas del padre de la chica anunciaban la perdición de Nathan, éste saltó a través de la ventana hasta un matorral. Luego se agachó y se arrastró sobre su abdomen a través de los macizos de flores a lo largo de la base de la casa, siendo cuidadoso para evitar ser detectado por el padre, quien esperaba encontrar a su hija en los brazos de un duque. Durante su huida a gatas, Nathan estuvo a punto de ahogarse de miedo al encontrarse cara a cara con un par de botas. Cuando levantó la cabeza, se sintió aliviado al ver a un jardinero, y no al padre de la muchacha, mirándolo fijamente.

¿Alteza? había preguntado el hombre.

Lo siento, buen hombre. Sólo pensé en dar una vuelta por los jardines. ¿Sería tan amable de hacer que un mozo trajera mi caballo?

El jardinero se había reído.

Por supuesto, Alteza. No sería usted el primer hombre que se arrastra hacia la libertad, se lo

aseguro el viejo hombre se había marchado riendo.

El recuerdo de aquel día de primavera en el que cabalgaba a un ritmo vertiginoso desde la casa solariega, con el chaleco manchado de tierra, casi lo hizo sonreír. *Casi*. Thea se habría reído de él. Ella… Detuvo ese pensamiento antes de que pudiera continuar.

La repentina posibilidad de volver a ver a Thea lo tenía en vilo, con una mezcla de expectación y terrible temor, cuya combinación le revolvía las entrañas como si estuviera en un barco en medio de una inmensa y poderosa tormenta. Se pasó la mano por la mandíbula e intentó calmar sus nervios. ¿Estaba ella aquí? Le temblaban las manos mientras trataba en vano de serenarse. ¿La vería allí de pie con el amor brillando en sus ojos a causa de otro hombre? Si lo hacía, ¿podría soportarlo? Aunque no pudiera, tenía que intentarlo, tenía que hacerlo por ella. No podía verlo agonizar así; no se lo merecía. Respiró hondo y entró en el salón de baile de Sir Giles.

El elegante salón de baile, de suelo dorado, estaba repleto de la alta burguesía local y de muchas caras conocidas de Londres. Sir Giles era un tipo raro de hombre capaz de llamar amigos a todos, desde los caballeros más humildes hasta los duques y conseguir que todos se relacionaran agradablemente sin incidentes. Las velas proyectaban sombras parpadeantes a lo largo de las paredes de aquellos que permanecían de pie hablando y riendo. La luz y las risas llenaban la sala. Un cuarteto de cuerda tocaba alegres melodías, llenando la sala de agradables sonidos. Habría sido una noche mágica si no fuera por el dolor punzante de su corazón roto.

Cerró los ojos sólo brevemente, dispuesto con todo su corazón a fingir que esta noche era una noche de hacía ocho años, una noche en el pasado en la que aún era joven, en la que aún tenía esperanzas. Cuando volvió a abrir los ojos, el mundo parecía brillar un poco más, las risas sonaban un poco más fuerte y su corazón estaba un poco menos… roto. Sí, podía mantener esta ilusión durante unas horas, por el bien de su hermano.

Al fondo del estrecho extremo del salón de baile, una larga mesa estaba adornada con un mantel blanco. La comida y las copas de champán y ratafía recién servidas estaban listas para los invitados. Algunos de los hombres más jóvenes permanecían alrededor de una ponchera que, a juzgar por las sonrisas que mostraban, Nathan sospechaba que contenía demasiados licores. Eso iba a traer problemas más tarde. Sus labios se curvaron al ver a Lewis entre los jóvenes, hablando y riendo, siempre en el centro de los problemas.

Alisó su camisa de lino blanco con las manos y tiró de los bordes de su abrigo negro superfino. Aunque no había ni una sola arruga en su ropa, se sentía... inquieto y poco preparado para lo que fuera a ocurrir.

Malditos bailes. Odiaba los trajes formales, pero los pantalones y las medias negras eran un requisito desafortunado. Incluso había dejado que su ayuda de cámara lo convenciera para que esta noche se pusiera su corbata al estilo Trone d'Amour. Una rápida idea rondaba por su cabeza mientras estudiaba a las damas más cercanas, en busca de la única mujer que le importaba. ¿Seguiría Thea pensando que era atractivo? ¿Seguiría sintiéndose maravillada por él como hacía tanto tiempo? ¿O ese marido que él le había suplicado que encontrara sería ahora el único centro de su corazón? Por supuesto que lo sería. Su amor y el de Thea había sido un primer amor, no menos fuerte, no menos importante, pero no probado, no puesto a prueba por el poder del destino. Ella lo miraría con cariño por aquel recuerdo tenue, dorado y brillante de lo que una vez habían compartido. Pero ya no le dolería, de eso debía estar seguro. Thea amaba demasiado como para no dar todo su corazón al hombre con el que se casó.

Yo no seré más que un fantasma de su juventud en su mente, nada más, y debo estar contento por ello.

Se concentró en las mujeres que lo rodeaban y estudió los numerosos rostros rodeados de rizos o semiocultos por abanicos ondeantes. Atraído por cualquier destello de movimiento femenino, buscó la semejanza de Thea en cada rostro, pero no la vio. Su corazón se desplomó y su sonrisa forzada flaqueó. Quizá no estaba aquí.

El alivio se enfrentó a la decepción. Se adentró en el salón de baile y vio un rincón que no había visto desde su posición anterior. Se refugió allí, esperando poder ver mejor a las mujeres de la sala. Apoyado en la columna de mármol más cercana, cruzó los brazos sobre su pecho y permaneció en las sombras del rincón mientras seguía observando la sala.

Las columnas de los bordes de la sala estaban rodeadas de hojas perennes, y sobre muchas ventanas se habían colgado con esmero ramas de muérdago en las que las parejas podían detenerse y besarse cuando nadie las observaba. Los caballeros escoltaban a las mujeres, quienes lucían sus mejores vestidos mientras se movían por el salón. Cada vez que un hombre bajaba la cabeza para susurrarle a su compañera y Nathan veía una sonrisa como respuesta, lo invadían destellos de dolor y envidia.

La presión de tantos cuerpos y el ruido general de la charla social a su alrededor le resultaban asfixiantes. No podía quedarse aquí mucho más tiempo. Decidió buscar aire fresco, aunque estuviera helado, se enderezó desde su posición inclinada y buscó la mejor manera de escabullirse a los jardines aterrazados del exterior.

Los bailarines que tenía más cerca entraban y salían de su campo de visión mientras giraban. Cuando pasó un gran grupo de parejas, revelaron una presencia resplandeciente un poco más lejos. Se quedó inmóvil al ver a Theodosia Swann por primera vez en ocho años. Lucía tan hermosa como antes, incluso más. Su respiración se congeló al contemplarla.

Llevaba un vestido de satén color esmeralda, con una sobrefalda de red dorada que brillaba al moverse. Llevaba el cabello recogido y cintas verdes a juego enhebradas entre sus mechones sedosos. Sin duda, la mujer más hermosa del salón de baile se había convertido en la mujer que él siempre había sabido que sería, la mujer que por derecho debería haber sido suya.

Su boca se secó y se esforzó por tragar el nudo que se había formado en su garganta. Su cuerpo se quedó clavado en el sitio, rígido y tenso por la indecisión. ¿Debía ir a verla? ¿Qué querría ella que hiciera? ¿Se alegraría de verlo? ¿Le sonreiría y recordaría con cariño su amor de la juventud, o desearía evitarlo? ¿Habría soñado con él todas las noches como él lo hacía con ella, o su marido ocuparía ahora por derecho propio el reino de sus sueños?

Thea destacaba en medio de sus seis hermanas menores como la Estrella Polar en los cielos invernales, resplandeciente, brillante, completamente sola en la oscura extensión del universo. Sin embargo, no por ello era la más débil. Era más brillante, más encantadora.

Thea. Mi Thea.

Se quedó embelesado al verla susurrar algo a una de sus hermanas. Su cabello castaño captaba la luz de las velas más cercanas, un faro que brillaba para él. Sus ojos grises verdoso, como estanques de jade cubiertos de plata, recorrían la habitación sin que ella se diera cuenta del calor de su mirada.

Nathan aspiró con fuerza mientras su cuerpo se agitaba con un nivel de excitación que creía que nunca volvería a sentir. Ocho años habían provocado grandes cambios en ella. En ambos. La muchacha flexible de diecisiete años a la que había paseado por los salones de baile en su primera temporada había desaparecido. En su lugar había una mujer infinitamente más seductora, con curvas deliciosas que sus manos ansiaban tocar y labios rosa pálido que ansiaba explorar con los suyos. ¿Eran tan suaves como los recordaba?

Alisó su vestido verde oscuro con sus manos y tiró de las mangas abullonadas adornadas con

encaje. Sus pechos estaban realzados por un escote cuadrado y un corpiño bordado con hojas de acebo. Como el fantasma de una Navidad olvidada, era inquietante y exquisita.

Cuando ella se movió, él vislumbró la forma de sus piernas mientras la seda, adornada con más hojas de acebo, se arrugaba y se ceñía a ella. La mayoría de los hombres preferían a mujeres más jóvenes, muchachas que apenas salían a su primera temporada, pero Nathan no podía pensar en nada más encantador, más sensual, que una mujer adulta que tuviera un cuerpo digno de ser abrazado, digno de hacerle el amor sin parar hasta tarde por la noche.

Su mirada recorrió la habitación y su estómago se contrajo un segundo antes de que sus ojos lo golpearan con la fuerza de un golpe físico. Tragó saliva con fuerza mientras observaba cómo las mejillas de ella se tornaban de un color de rosas a ceniza. La expresión en su rostro le dejó sin aliento. La tristeza se grabó en sus rasgos, y él odiaba eso, verla tan herida. Lucía tan destrozada por fuera al verlo como él lo había estado por dentro el día que les había roto el corazón a ambos.

Su corazón lloraba por ella. *Ahora las cosas son diferentes. Ya no soy el tonto que fui y no estoy bajo el control de mi padre. Pero llego demasiado tarde, ¿no?*



THEA RENUNCIÓ A ARREAR A SUS SEIS HERMANAS PEQUEÑAS HACIA EL SALÓN DE BAILE. ERA como arrear a seis gansos salvajes. Parecían contentarse con cotillear y parlotear como patos sobre la última moda, quién estaba enamorado de quién y qué parejas tenían un acuerdo secreto. Al escuchar esto último, Thea puso los ojos en blanco. ¿Acaso un acuerdo secreto no tenía que ser secreto? Cuando era más joven, había tenido un acuerdo, muy secreto, hasta el día en que esperaba una proposición… una proposición que nunca llegó.

¿Thea? ¡Por el amor de Dios! ¡Han pasado siglos! una voz familiar la hizo detenerse en su persecución de sus hermanas, quienes se dirigían hacia la mesa de refrigerios. Se giró y vio a un hombre alto y apuesto que avanzaba hacia ella. Por un momento no pudo respirar, pero cuando sus ojos se fijaron en la figura que se acercaba, exhaló aliviada.

No era Nathan. Era su hermano pequeño, Lewis.

Oh, cielos, Lewis, eres tú se rio un poco, y él no pareció notar el nerviosismo en el sonido.

Hola, Thea dijo Lewis más suavemente cuando llegó hasta ella y le tendió las manos. Ella las estrechó, sonriendo. Lewis había crecido en los últimos tres años, desde que se había cruzado con él en Gunter's, donde había salido con algunos acompañantes a comer hielos de sabores. Se parecía mucho a Nathan, sólo que sin el peso del ducado sobre su frente.

Lewis, ¿cómo está tu madre?

Bastante bien. Solitaria, tal vez. Le encantaría que vinieras a visitarla.

Por un momento no pudo responder mientras se le hacía un nudo en la garganta. Se veía a sí misma cabalgando por el camino hacia la casa ancestral de los Powell. Podía ver en su mente los altísimos robles que bordeaban el camino, sus ramas arqueándose para crear un pasaje boscoso como si se tratara de un reino mágico.

¿Cuántas noches había cerrado los ojos y recorrido aquel camino, una y otra vez, hasta llegar a la puerta del hogar que había querido compartir con el único hombre que había tenido su corazón? Pero el sueño siempre terminaba justo cuando sus manos tocaban la puerta, y el sueño dorado se desvanecía en una oscuridad aplastante que la dejaba temblando, con sollozos que le

desgarraban la garganta.

Di que irás a visitarla, Thea, por favor la súplica de Lewis parecía contener una nota de tal seriedad que ella no se sintió cómoda negándoselo.

Supongo que podría ir… sólo si… se mordió el labio antes de continuar. Sólo si supiera que no importunaría a tu hermano.

Ante esto, la mirada de Lewis se agudizó.

No serías una intrusa, lo sabes, Thea. Él se alegraría de verte.

Decidida a evitar el tema que inevitablemente la heriría, preguntó en su lugar:

¿Cómo estás? Sé que la pérdida de tu padre no debe de haber sido fácil.

El joven sonrió sombríamente.

Ojalá pudiera ser un buen hijo y decir que lloro su pérdida. Pero no soy un buen hijo. Su muerte nos liberó a todos, especialmente a Nathan.

Oh… no sabía qué decir.

Thea… él está aquí esta noche. Sé que probablemente no deseas verlo, pero… ¿podrías verlo al menos una vez esta noche? ¿Un baile? Después de todo, es Navidad.

Ella no habló. Su corazón latía a un ritmo desenfrenado. ¿Nathan estaba aquí? Él nunca venía a eventos sociales, no desde aquel horrible día en los huertos de la casa de su familia.

Un baile es todo lo que te pido suplicó. Un baile para que él lo recuerde.

Asintió, su lengua estaba demasiado atada para formar palabras.

Gracias. Me esforzaré por encontrarlo. Es muy listo escondiéndose en este tipo de cosas se inclinó sobre su mano y fue en busca de su hermano.

Pero no hubo necesidad. Como siempre, el destino parecía unirlos. Varias parejas pasaron junto a ella y luego se separaron, revelando que él estaba de pie al otro lado de la habitación.

¡Nathan! jadeó ella. Parpadeó rápidamente, tratando de disipar el sueño que se había apoderado de su visión.

Nathan, ahora el duque de Hastings. Había olvidado lo alto que era, varios centímetros por encima de los hombres que tenía cerca. Su cabello oscuro estaba despeinado y más largo de lo que recordaba, rizado en los bordes de su cuello. Sus ojos, de un cálido color avellana, siempre habían calentado su cuerpo como un incendio cada vez que la miraba. Ahora estaban clavados en ella y, en un arrebato cegador, el pasado regresó, ineludible, inevitable.

CAPÍTULO 4



Hace doce años

THEA, DE CATORCE AÑOS, SE ATÓ LAS FALDAS CON UN CORDEL Y SE PUSO UNOS PANTALONES sueltos. Se quitó las medias y las botas y las dejó en la orilla del arroyo. Luego cogió su caña de pescar y la lata de lombrices y se metió descalza en el agua. El agua fría y vigorizante le acariciaba la piel y era suave como la seda al pasar junto a ella y sobre las piedras lisas del lecho del río bajo sus pies. Pequeños pececillos jugueteaban a su alrededor, haciéndole cosquillas cuando sus resbaladizas aletas le rozaban los tobillos.

El sol del mediodía golpeaba con cálidos rayos sus brazos desnudos, su cara y su cuello, y la sensación era maravillosa. No había nada mejor que pescar en un día despejado de verano. Cogió una lombriz de su pequeña lata, que se retorció mientras la ponía en el anzuelo antes de lanzar el sedal al agua, más lejos, donde estarían los peces más grandes.

No estaba segura de cuánto tiempo había permanecido allí, inmersa en el sonido del agua y la sensación de la brisa contra su piel, antes de darse cuenta de que no estaba sola.

Un joven montado en una bonita yegua ruana se encontraba en la orilla opuesta del arroyo. Bajó lentamente de la silla y acercó a su caballo a la orilla, donde éste agachó la cabeza para beber. Por un momento se miraron fijamente. Él parecía ser sólo uno o dos años mayor que ella, lo suficiente para parecer ya un joven caballero. Su cabello oscuro y sus ojos hechizantes encajaban con los rasgos atractivos y apuestos de su rostro.

Hola. No quería asustarte dijo él con una cálida sonrisa.

Hola respondió, sin saber qué hacer. Era la mayor de sus hermanas, pero aún era demasiado joven para estar en sociedad, conversando con un caballero.

¿Has tenido suerte?

¿Suerte? preguntó, un poco estupefacta, mientras él empezaba a caminar con su caballo por el arroyo poco profundo hacia ella.

Sí soltó una risita, con los peces aclaró. He estado en una zona río arriba, pero tengo muy mala suerte acercó su caballo al conjunto de árboles más cercano y ató las riendas, luego volvió a la orilla. ¿Te importa si me uno a ti? preguntó mientras se quitaba las botas y las medias.

No logró decir finalmente, no me importa lo observó meterse en el agua, fascinada. Era más alto que ella, quizás una cabeza, y sus hombros eran anchos. Hacía que algo en su interior se quedara muy quieto, pero también había un aleteo, una sensación de emoción como si un colibrí hubiera conseguido abrirse camino dentro de su pecho.

Me llamo Nathan Powell le tendió la mano para que se la estrechara, algo que en conjunto

sólo un joven haría con otros chicos. Extrañamente el saludo casual la tranquilizó más que si él hubiera intentado besarle la mano. Desde luego, ella no habría sabido cómo reaccionar ante eso.

Soy Thea Swann le estrechó la mano y trató de calmar el creciente aleteo de ese pájaro invisible que llevaba dentro.

¿Te gusta pescar? le preguntó cuando ella le ofreció su caña. Le dio unos tirones experimentales para ver si moviendo el señuelo en el agua podía atraer a algún pez.

Sí, me gusta. ¿Y a ti?

Él se rio.

Sí, me gusta. Mi padre dice que no es un deporte elegante para un caballero, pero no me importa. Es… pacífico lo dijo con una seriedad tan adulta que casi la hizo reír.

Sí, ciertamente lo es concordó. Tengo seis hermanas pequeñas, y hay muy poca paz en nuestra casa.

¡Seis hermanas! Dios, eso suena muy difícil.

Lo es. No me malinterpretes, las amo a todas, pero como la mayor, siento que comparto simplemente todo con ellas y tengo muy poco tiempo para mí misma.

Tengo un hermano menor, Lewis, pero no es tan malo. Es un chico, así que supongo que eso lo hace más fácil. Creo que no sabría qué hacer con una hermana pequeña su cara de desconcierto la hizo soltar una risita.

No creo que las hermanas sean muy diferentes de los hermanos. Más bien imagino que el reto es el número, no el género.

Podrías tener razón dijo, y luego gritó mientras empezaba a tirar del sedal de la caña de pescar. ¡Tenemos uno! ¡Toma! le puso la caña en las manos y, cuando el pez dio un tirón sorprendentemente fuerte, ella se tambaleó hacia delante. Las manos de Nathan la sujetaron por la cintura.

Eso es, Thea, ahora usa el carrete para traerlo. No te preocupes, te tengo.

Sus manos en su cintura y la sensación de él sujetándola provocaron algo que ella sabía que quizás era demasiado joven para comprender plenamente, pero sabía lo suficiente como para saber que se iba a enamorar de este chico tan atractivo.

El pez salió sacudiéndose del agua y se apresuraron a atraparlo con una red.

Oh, ¿tenemos que llevárnoslo? ¿No podríamos soltarlo? le preguntó de repente a Nathan mientras le quitaba el anzuelo de la boca. Por alguna razón, necesitaba que este momento fuera recordado para siempre por la vida, no por la muerte.

Levantó la mirada hacia la suya, estudiándola.

¿Dejarlo vivir un día más? Sí, estoy de acuerdo levantó el pez, lo llevó a el agua y lo devolvió al río con infinita delicadeza. Éste salpicó y se alejó bajo las olas.

Los días pasaron como un borrón, de la manera en que se acelera el tiempo en los mejores momentos de la vida. Fue un pensamiento que Thea tuvo frecuentemente a lo largo de los años siguientes, a medida que Nathan y ella se acercaban más y más, sus encuentros secretos en el bosque, en el arroyo y, finalmente, en los huertos de su familia se hicieron tan frecuentes que pasaba más tiempo con él que con su propia familia.

Una tarde, cuando tenía diecisiete años, se escapó de casa y se recostó bajo las ramas de los cerezos en flor. Nathan estaba recostado a su lado, con el cuerpo apoyado en el tronco. Ella tenía la cabeza apoyada en su regazo y miraba las ramas en flor, admirando los rosas brillantes y los blancos pálidos de los pétalos contra el cielo azul intenso del verano.

Thea… empezó Nathan, inseguro.

¿Sí?

¿Puedo besarte? preguntó con una incertidumbre tan dulce que ella supo que nunca le negaría nada. Sólo que nunca imaginó que algún día el precio de una de sus peticiones sería romper su propio corazón.

¿Besarme? se incorporó lentamente, su cara estaba cerca de la suya.

Sí se aclaró la garganta. Es lo que hace la gente cuando está enamorada.

¿Estamos… enamorados? su respiración temblaba en sus pulmones mientras se mantenía muy quieta.

Estoy enamorado de ti. ¿Tú me amas? le acarició la mejilla, la miró y ella se perdió en sus ojos, pensando en aquel primer día que lo había visto junto al río. Lo había amado en todo momento, despierta y dormida, desde aquel día.

Sí.

Él no esperó a que dijera más palabras, se inclinó hacia ella y la besó dulce y apasionadamente. Nunca había sido besada antes, pero parecía saber qué hacer, moviendo su boca con la de él, y pronto el beso construyó algo brillante y maravilloso que se convirtió en ese momento en un recuerdo que se extendió en el espacio infinito que los rodeaba.

Intentó desesperadamente grabar en su memoria todo lo relacionado con aquel beso: la sensación de su boca cálida e insistente, el roce de su mano al sujetarle la cara, la forma en que el viento movía su cabello entre sus dedos mientras ella hundía las manos en las hebras, y la vertiginosa felicidad de saber que él la amaba.

Cuando por fin sus bocas se separaron, siguieron abrazados, sus frentes tocándose mientras ambos intentaban recuperar el aliento.

Thea, ¿Tú me… esperarías? le preguntó.

¿Esperarte?

Sí. Aún no puedo proponerte matrimonio, pero creo que cuando tenga veinte años podré hacerlo. No quiero que te pierdas tu presentación, pero me temo que cualquier otro hombre decente querrá cortejarte, y tú me perteneces.

Igual que tú me perteneces a mí le recordó con una sonrisa pícara.

Sí rio él. Te pertenezco, mi corazón, te pertenezco. Más de lo que nunca perteneceré a nadie estudió su rostro. Entonces… ¿me esperarás? Dame un año de compromiso secreto para que pueda proponerte matrimonio como es debido el año que viene.

Sí simplemente no había otra respuesta que pudiera haber deseado dar. No quería esperar ni un año, pero si intentaban casarse ahora, su padre probablemente no lo permitiría. Dieciocho años era mucho mejor. Como siempre, Nathan lo había pensado cuidadosamente.

Bien murmuró antes de volver a besarla. Esta vez sus besos fueron más urgentes, como si una parte de él presintiera la fatalidad que se avecinaba para los dos, aunque ni ella ni Nathan podían imaginar el dolor que les esperaba.

De repente, Thea se estremeció.

¿Quieres volver a casa? preguntó preocupado.

No, no, quédate y abrázame un minuto más quería encerrarse en este instante, quedar atrapada en este momento y no avanzar jamás.

Su corazón le advertía que, si dejaba que el tiempo siguiera su marcha inevitable, algo, algún día, le haría desear con toda su alma no haber pasado de este momento. Pero así era la vida, ¿no? Los mejores momentos nunca eran permanentes, y la única forma de no añorar el pasado era rezar y buscar aquellos momentos futuros que pudieran rivalizar con el pasado en toda su gloria dorada.

CAPÍTULO 5



Nochebuena de 1821

UN SUEÑO. THEA ESTABA ATRAPADA EN UN SUEÑO, UNO QUE HABÍA TENIDO TANTAS VECES durante los últimos ocho años. La sala siempre estaba llena de gente, moviéndose y bailando. Nathan y ella estaban en extremos opuestos, inmóviles, esperando, siempre demasiado lejos para alcanzar al otro o para hablar. ¿Se había quedado dormida durante el trayecto hasta la mansión Pemberton? Seguro que esto no era real.

Era demasiado vívido para ser otra cosa que no fuera un sueño. Su corazón retumbó en su estómago. Ocho años. ¿Tanto tiempo había pasado? No había olvidado ni un momento de su pasado. No había olvidado sus besos, la ternura con la que la miraba, la suavidad de su sonrisa, sus manos ásperas e insistentes sobre su piel mientras se fundían el uno en el otro. No había olvidado sus conversaciones, el ingenio y la inteligencia de sus pensamientos compartidos o la forma en que podían hablar sin palabras. Sin embargo, todo aquello estaba cubierto por una gris y abrumadora desesperación de su vida de cuando él la había abandonado.

Al verlo ahora, después de tantos años, el dolor volvió a la superficie, amenazando con ahogarla. Se mordió el labio inferior, sus ojos ardiendo por las lágrimas no derramadas. Al instante, estaba de vuelta en el huerto, con Nathan acercándose a ella, pero retrocediendo antes de que sus manos pudieran tocarla. Nada podía deshacer el dolor de su ruptura. Su padre no la había aprobado. Ella no era *adecuada*. No importaba que su padre fuera un caballero de campo muy querido, o que ella tuviera una dote considerable. Nada había complacido al viejo duque. En especial ella.

Al final, Nathan había escuchado las amenazas de su padre contra su familia. No podía culparlo por ello: su familia nunca supo que el noble corazón de Nathan los había salvado aquel día. Habría podido huir con él y casarse en secreto, pero habría destruido la vida de su padre y arruinado también la de su madre y sus hermanas.

Desde aquel día no había mirado a otro hombre, no había podido soportar la idea del contacto de otro pretendiente. No importaba que hubiera jurado casarse con otro, vivir una vida feliz. Nathan era su *único* amor y lo había perdido. Sus manos ansiaban tocar su rostro, sentir los músculos de sus hombros bajo sus palmas, saborear sus labios y dejar que su cuerpo calentara el suyo. El calor se apoderó de sus mejillas cuando, al otro lado de la habitación, los labios de Nathan esbozaron una sonrisa agridulce. Y así, sin más, volvió a tener catorce años, confiando su corazón y su alma al joven y apuesto heredero de un ducado.

De repente, la habitación pareció quedarse sin aire. No podía respirar.

Él cruzó la pista de baile y, justo cuando llegaba a ella, el destino intervino en forma de su anfitrión, Sir Giles.

El caballero de mejillas rubicundas sonrió y juntó las manos.

Por Dios, me alegro de verte, Hastings. Mi esposa estaba preocupada de que no vinieras esta noche. Le dije que lo harías. Le dije: 'Mary, el muchacho vendrá. Nunca nos ha rechazado una invitación'. Y mira, ¡aquí estás! dio una palmada en el hombro de Nathan, pareciendo no darse cuenta de que los ojos de este no se habían apartado del rostro de Thea.

Sí, estaba nevando un poco como para viajar, Sir Giles, pero me alegro de estar aquí esta noche, más de lo que puedo decir su voz era mucho más grave que hace ocho años atrás, tal era la enorme diferencia entre un joven de veinte años y un hombre de veintiocho. Había crecido aún más, sus hombros eran más anchos. Su cuerpo denotaba fuerza bruta, a pesar de la dulzura de sus ojos mientras la miraba.

Y veo que has encontrado a la señorita Swann. Muy bien, muy bien. Llegan a tiempo para el próximo baile, los dos cogió la mano de Thea y la puso en la de Nathan antes de empujarlos hacia la pista de baile.

Avanzaron casi como en un sueño hacia la pista, donde se alineaban las demás parejas. La orquesta empezó a tocar un vals y Nathan tiró de ella hacia sus brazos. Ella levantó la cara para mirarlo, sintiéndose tanto asombrada como asustada. Ocho años de lágrimas y palabras no pronunciadas la mantuvieron en silencio mientras empezaban a bailar. Lo había considerado un bailarín maravilloso todos aquellos años, cuando habían practicado bajo los cerezos en flor, pero ahora… ahora veía que entonces ambos habían sido dos críos torpes. Esta era una verdadera danza, sus cuerpos se movían perfectamente al compás, como si durante los últimos ocho años hubieran bailado juntos todos los días.

Él la abrazó sin decir palabra, sus ojos transmitían un torrente de emociones que coincidían con las ondulantes olas de sus propios sentimientos cambiantes mientras intentaba sobrevivir a estar de nuevo entre sus brazos. Era como si este momento hubiera sido diseñado por el destino para matarla de alegría y tristeza al mismo tiempo. Sabía que sus padres la verían, junto con sus hermanas y docenas de invitados. ¿Verían su corazón romperse de nuevo como aquel día?

Había olvidado lo bien que bailas dijo Nathan en voz baja.

Dios, cómo había echado de menos su voz. Era curioso perder tanto al amor de tu vida como al amigo más querido. Porque eso era lo que habían sido, mucho más que un par de niños enamorados. Sus almas se habían reconocido mutuamente como almas gemelas aquel lejano día junto al río, y ese vínculo no había hecho más que fortalecerse. Incluso ahora la unía a él, ahogados como ambos lo estaban en la miseria y el placer.

Tú… no estaba segura de lo que quería decir, o de lo que *podía* decir sin llorar.

¿Está… está tu marido aquí?

¿Marido? Sí, lo que había jurado encontrar y no había sido capaz de hacerlo. Había roto la promesa que le había hecho.

No dijo en voz baja. No tenía marido, así que no era una falsedad.

Oh… la hizo girar con delicadeza y dieron vueltas hasta que la luz dorada sobre ellos pareció llenar todos los rincones del salón de baile, borrando todas las sombras.

Al terminar el baile, fueron saludados por numerosos invitados, todos compitiendo por la atención de Nathan. Intentó cogerle la mano, pero ella fue demasiado lista y dejó que los demás invitados se interpusieran entre ellos. Sus dedos se soltaron de su mano y pudo escapar antes de que fuera necesario decir algo más.

¿Thea? gritó Lewis cuando ella pasó corriendo a su lado, pero no se detuvo. Había prometido

un baile con Nathan, y ahora podía ser libre para recoger de nuevo los pedazos de su corazón.

Frenética en busca de una oscuridad tranquila en la cual perderse, se escabulló entre los invitados y salió apresuradamente hacia las puertas de un lado del salón de baile. Sus pies avanzaron rápidamente por el suelo, en dirección a la puerta que conducía a los jardines de Sir Giles, su santuario.

Apoyó las palmas de las manos en la puerta de madera y empujó. Una impactante y fría ráfaga de viento azotó sobre sus clavículas y la parte superior de los pechos. Más allá había una terraza con vista a los jardines, ahora inactivos. El aire frío le despejó la cabeza y se sintió mejor de inmediato. La quietud, el silencio níveo del oscuro mundo que la rodeaba, creó una sensación de paz y alivió su ansioso corazón. Estaba a salvo. Estaba sola. Nadie la escucharía llorar.

Se le escapó un suspiro tembloroso cuando sintió que los sollozos crecían en su interior.

Thea una profunda voz de barítono le recorrió la piel. Su columna se puso rígida y giró lentamente.

Nathan.

Lo miró a través de sus pestañas y se apresuró a bajar la mirada hacia las piedras cubiertas de nieve.

Él se aclaró la garganta como si no supiera por dónde empezar.

No tuve oportunidad de hablar contigo después del baile.

Ella lo miró fijamente, sin pronunciar palabra.

Me alegro de volver a verte. Luces bien el matiz de incertidumbre en su voz fue extraño.

Siempre había sido tan seguro de sí mismo, tan confiado. Incluso en aquel momento en que había separado sus vidas, se había mantenido firme en su camino. Esta nueva faceta de él la confundía. Levantó los ojos de nuevo. Él era diferente, pero igual. Seguía siendo el hombre al que había amado con salvaje desenfreno, pero la edad había dibujado pequeñas líneas en las comisuras de sus ojos y la melancolía había afinado su sonrisa, antaño encantadora.

Gracias. Tú también luces bien un escalofrío le recorrió el cuerpo y se rodeó la cintura con los brazos.

Él se quitó el abrigo. Ella retrocedió un paso cuando avanzó en su dirección, con su abrigo extendido.

Frunció los labios y entrecerró los ojos.

No seas tonta, Thea. Déjame… la acorraló contra la barandilla de piedra de la terraza. Ella dio un respingo cuando la nieve húmeda tocó la parte baja de su espalda, empapando su vestido. Nathan aprovechó su distracción y envolvió sus hombros con su abrigo. La rodeó. Ella no se atrevió a moverse, no fuera a ser que desapareciera como siempre lo había hecho en sus sueños.

Su olor, el aroma del bosque con un toque de cuero y caballos, la hizo añorar el pasado, antes de que se hubieran separado. Demasiado envuelta en los deliciosos recuerdos agridulces de otros días en los que él la había abrazado, no se resistió cuando él metió sus brazos en las mangas y le cerró el abrigo para mantenerla caliente.

Era maravilloso tener el abrigo negro a su alrededor, el cálido tejido era mucho más adecuado para protegerla del frío que la fina seda de su vestido. Pero era más que eso. El abrigo era un escudo contra el presente, que le permitía revivir el pasado. Cerró los ojos, absorbiendo el calor, su olor, el torrente de nostalgia. Le escocía, pero el dolor que sentía por él era hermoso. Hermoso en su tragedia.

Thea… las manos de Nathan se posaron sobre sus hombros y su firme agarre le exigió que abriera los ojos. Estaba tan cerca, y algo se estremecía abdomen, suplicándole que se acercara.

¿Sí?

Yo… parecía no tener palabras. Sus ojos se desviaron de su rostro y luego volvieron. Luces más hermosa que desde la última vez que te vi.

Había pensado alguna vez que ella era hermosa, pero la había amado por más que eso. ¿Estaba siendo amable para no montar una escena? Si era así, ¿por qué la había seguido hasta aquí? La frustración y la desesperación se enfrentaron en su interior. No podía sucumbir a sus encantos, no otra vez, no si quería mantener la cordura. No podía permitir que volviera a su vida, ni un momento más.

Logró esbozar una débil sonrisa.

¡No, Nathan! No tienes que decir nada. Ya lo hemos superado. Han pasado ocho años. No necesito palabras bonitas ni discursos elocuentes. Nos hemos visto. Hemos sido cordiales. No tenemos que hacer nada más. Deberías volver adentro. Seguro que hay más de una dama deseosa de bailar con el duque de Hastings.

Los dedos de Nathan se clavaron en sus hombros y la miró con una emoción violenta que ella no pudo leer. Se acercó tanto que su calor la mareó. Estaba a punto de deshacerse en sus brazos.

Él parpadeó, pareció recuperar la compostura y dio un paso atrás.

Así que eso es lo que piensas de mí la incredulidad y la resignación en su rostro hicieron que el corazón de ella diera un vuelco. ¿Crees que podría amar a otra mujer como te amo a ti?

Seguramente no… no podría…

Pero había dicho *amo*, no *amé*. Thea abrió la boca, pero no supo qué decir. Estaba demasiado asustada como para esperar, para rezar por que no fuera demasiado tarde.

Jadeó, tanto por la emoción como por la sorpresa, cuando él, impulsivamente, le rodeó la cintura con los brazos y la estrechó contra su cuerpo. Cualquiera podría toparse con ellos, pero él estaba actuando precipitadamente, algo que ella sabía que rara vez hacía, excepto cuando su corazón estaba en control de su mente. Su corazón palpitaba aceleradamente en su pecho y la expectación calentó sus mejillas cuando él bajó la cabeza y la besó.

CAPÍTULO 6

El beso fue todo lo que ella temía y amaba. Fue crudo, castigador, glorioso. Compensó todos los días que habían estado separados, todas las noches en las que ella había estado desesperada por tenerlo, sola y fría sin su cuerpo contra el suyo. Él deslizó una mano dentro de su cabello, en la base del cuello, y entrelazó los dedos en los rizos sueltos, tirando de ellos. El pequeño atisbo de dolor provocó un brote de calor húmedo entre sus piernas. Ella gimió contra sus labios merodeadores. Como si se hubiera sentido alentado por su sensual reacción, acercó su boca a la suya con más fuerza. Eso la abrumó, la excitó, nubló sus sentidos con él y sólo con él.

El beso era profundo, sus lenguas se batían en duelo y los labios se magullaban. La otra mano de Nathan recorrió su espalda y bajó hasta acariciar la curva de su trasero. Lo apretó con fuerza y la levantó unos centímetros, colocándola sobre la balaustrada de la terraza.

Sus manos hurgaron en su falda, subiéndosela por las piernas y apartándola para poder deslizar las caderas entre sus muslos. Sin tener en cuenta el frío que debería haberla incomodado por estar tan expuesta, se arqueó hacia él, su cuerpo estaba en control, su mente rindiéndose. Él balanceó sus caderas contra las de ella, prometiendo que la pasión llegaría, gruñendo suavemente contra sus labios mientras finalmente se separban.

La miró fijamente, mientras aún la mantenía prisionera contra la barandilla de la terraza. Su aliento compartido formaba nubes pálidas alrededor de sus rostros sonrojados. Los labios de Nathan estaban entreabiertos y el leve rugido de su jadeo hizo que nuevos destellos de calor y conciencia se deslizaran sobre su piel. Incluso hace ocho años, no se habían besado así. Mucho había cambiado y había tantas cosas entre ellos. Dolor, pena, soledad, arrepentimiento. El corazón de Thea, apenas cicatrizado, empezó a romperse y a fragmentarse en esquirlas de diamante, pero, aun así, no habría rechazado aquel beso. Habían hablado con sus labios, sin necesidad de palabras.

¿Cómo seguirían adelante? ¿Cómo volverían a sus vidas separadas? La respuesta la aterrorizaba. Sabía que no sobreviviría si él se alejaba por segunda vez. No había nada más cruel en este mundo que tener tan cerca el deseo inalcanzable de su corazón y que le fuera negado por segunda vez.

El destino no podía ser tan frío.

Nathan cogió su cara entre sus manos y acarició sus labios antes de rozar su nariz suavemente.

Dios, he sido un tonto, Thea su voz fue grave y dolorosa, teñida de una ronca frustración.

Se le cerró la garganta y su respiración se congeló en su pecho. Sus dedos se apretaron y aflojaron en los pliegues de su nívea corbata mientras se esforzaba por comprender lo que quería decir. ¿Se arrepentía de su beso?

Ahogó un sollozo.

Nathan, por favor. Si quieres irte, por el amor de Dios, vete ya le suplicó en un susurro áspero.

Su garganta estaba desgarrada por la violenta angustia que sacudía todo su cuerpo. Él iba a marcharse, como había hecho antes. Volvería a estar sola, salvo por el recuerdo teñido de plata de un último gran beso. Un beso que ni siquiera tenía derecho a recordar con cariño. Amar sin esperar ser correspondida era una maldición para su alma. Un atisbo atormentador de esperanza imposible aún se aferraba a ella, exigiéndole que viviera estos últimos minutos con él como si nunca lo hubiera perdido, como si nunca hubiera sido herida de manera irreparable.

Si este era el último momento que pasaba con él, quería recordarlo todo. Su camisa fría bajo las puntas de sus dedos, el fuego que encendía sus ojos cuando ella se lamía los labios.

¿Irme?

La sorpresa en sus ojos color avellana hizo que sus rodillas temblaran. Se aferró a sus brazos y cayó sobre él. La cabeza daba vueltas en círculos vertiginosos.

Sí, ahora que te has dado cuenta de que esto ha sido un error.

¡No! espetó, con voz dura y fría. Nunca he dejado de amarte. Sé que tú… Has seguido adelante, pero… Por Dios. No volveré a tocarte. Sé que no debí haberlo hecho. No, eres tú quien debe irse y dejarme esta noche. O me encontraré traicionando las leyes de Dios y del hombre para reclamarte.

Todavía creía que estaba casada. Tenía que decirle la verdad.

Nathan… su susurro fue apenas audible. Su visión amenazaba con desvanecerse, pero Nathan acercó su boca a la de ella, silenciándola. Su beso fue brusco al principio, pero luego sus labios se suavizaron, incitándola a responder.

Fui un tonto al escuchar a mi padre cuando mi corazón me decía que eras mía. Sólo te pido que tengas la misericordia de perdonarme.

Thea deslizó las manos por sus hombros y rodeó su cuello con los dedos mientras encontraba las palabras que había ensayado mil veces en mil sueños incumplidos.

Cuando amas a alguien, el perdón es innecesario por mucho que hubiera muerto aquel día en que él se había alejado, nunca había necesitado perdonarlo. Había hecho lo que había hecho para proteger a su familia, para protegerla a ella. ¿Cómo podía odiarlo por un acto tan noble, tan amoroso?

Sus manos en el rostro de ella se tensaron ligeramente.

¿Todavía me amas, cariño? Dímelo ahora si no es así. Rómpeme el corazón limpia y rápidamente.

La seriedad reflejada en sus ojos la llenó de una extraña euforia, y el calor floreció en su pecho.

Nunca dejé de amarte. Incluso cuando supe que nunca serías mío, mi corazón roto seguía llevando tu nombre lo miró a los ojos, diciéndole la verdad que había ocultado al mundo durante tanto tiempo. Siempre fui tuya aunque había sentido como si le hubieran roto las costillas y cada respiración entrecortada le costara toda su alma, había seguido respirando. Había seguido amándolo.

Pero debes escucharme, Nathan. Debo decirte…

Lo sé… esta noche es todo lo que tenemos. Lo comprendo. Te adoro por darme una última oportunidad de abrazarte, mi amor acarició su cuello y a ella le temblaron las rodillas.

¡Nathan! le dio un golpe en el pecho para llamar su atención. Cuando levantó la vista, ella le sostuvo la mirada. He roto la promesa que te hice.

No lo hiciste se apresuró a tranquilizarla. Quería que encontraras a otro y te enamoraras de él. No estoy enfadado porque lo hicieras. Ése era mi deseo.

¡Tonto! murmuró. No me enamoré. No me casé. Esa es la promesa que rompí contuvo la respiración, viendo cómo sus ojos se abrían de par en par.

Tú… ¿eres libre?

Ella asintió lentamente.

Libre para amarte, si me dejas no estaba segura de si él aún podía o si esta noche se trataba simplemente de ponerle fin al pasado. ¿Podía seguir queriéndola, incluso a su edad?

Dios mío murmuró. Dios mío… le cogió la cara y le rozó suavemente las mejillas con los pulgares. ¿No es demasiado tarde?

Tengo veintiséis años, Nathan. No soy una joven novia ruborizada no quería hablarle de los años que había pasado siendo objeto de las burlas de las damas más jóvenes en los bailes, ni de las miradas de lástima de los caballeros que pasaban de ella cuando buscaban pareja de baile.

Tengo veintiocho años, mi amor. Los dos seguimos siendo jóvenes. ¿Cómo puedes pensar que querría a alguien más?

Pero, ¿y si…?

Calla la silenció con un suave beso que se sintió como copos de nieve cayendo sobre sus labios. Se rindió ante él.



NATHAN VOLVIÓ A ESTRECHAR A THEA ENTRE SUS BRAZOS, ACOMODÓ SU CABEZA BAJO SU barbilla y la abrazó. No supo por cuánto tiempo la abrazó, pero estaba demasiado asustado como para soltarla, no fuera a desvanecerse como un fantasma en los páramos en invierno. Había tenido una segunda oportunidad y no iba a cometer el mismo error.

Ella no se había casado. Seguía siendo suya, verdaderamente suya. ¿Cómo podía ser verdad?

Thea, sé que he cambiado, pero sigo siendo el chico al que amaste. ¿Me darás una segunda oportunidad?

Antes de que ella pudiera responder, un aleteo y un suave arrullo lo hicieron levantar la cabeza. Thea se volvió para mirar la barandilla que había junto a ellos. Un par de palomas estaban posadas una junto a la otra. Sus cabezas se balanceaban de un lado a otro, sus ojos negros y conmovedores observaban a Nathan y a Thea. Los dos pájaros hacían una pareja perfecta. Una de ellas se inclinó y frotó la mejilla contra el pecho de su compañera. La segunda levantó un ala y la posó sobre su compañera para protegerla del frío de la noche.

Son tan adorables susurró Thea. Su mejilla se apoyó en el pecho de él. Un regalo de Navidad perfecto.

Nathan la estrechó contra sí y susurró en su oído:

Por suerte para mí, volaron hasta aquí por su propia voluntad. Dudo que hubiera podido meterlas en una caja para ti.

Thea se rio. El peso sobre sus hombros se aligeró y desapareció lentamente.

Di que te casarás conmigo, Thea, en cuanto podamos arreglarlo.

Ella asintió y sonrió, su corazón brillando y reflejándose en sus ojos. Cuando presionó su mejilla contra la de él y luego mordisqueó un camino hacia su oreja, su cuerpo gritó y exigió

terminar lo que habían empezado.

No tengo ningún regalo para usted, Alteza.

Este es mi regalo de Navidad. Recuperarte le robó un beso y habría hecho buen uso de la balaustrada si una voz femenina agobiada no hubiera cortado el aire justo en ese momento.

¡Theodosia Swann! ¿Qué demonios estás haciendo? chilló la madre de Thea. La señora Swann y una de sus amigas, Lady Barrington, los observaban desde la puerta. Lady Barrington soltó una risita y se tapó la boca con la mano.

¡Mamá! jadeó y sus delicados rasgos se transformaron en una máscara de horrorizada vergüenza. Se aferró a Nathan y enterró la cara contra su pecho como si quisiera desaparecer a su madre y a Lady Barrington y simplemente no verlas.

Nathan se aclaró la garganta y le dio una palmada en la espalda en señal de apoyo silencioso.

Buenas noches, señora Swann, Lady Barrington les dedicó a las dos mujeres una de sus sonrisas más encantadoras. Debió de haber sido ineficaz después de no haber sido utilizada durante años, ya que la señora Swann no se derritió como él había esperado que lo hiciera después de encontrar a su hija en brazos de un duque.

Buenas noches, Alteza arqueó una ceja, sus brazos ligeramente regordetes estaban cruzados. Confío en que hablará con mi marido esta noche sobre la mano de Thea.

Nathan asintió apresuradamente.

Excelente. Qué alivio. Siete hijas. ¡Siete! Ninguna casada hasta ahora. Gracias al cielo por el muérdago levantó un dedo de manera imperiosa. Nathan y Thea levantaron la vista. En la puerta, a unos metros de distancia, había una gran rama de muérdago clavada en el marco. Ni él ni Thea se habían dado cuenta de su evidente colocación. Estaban demasiado distraídos con el drama de su reencuentro. Deben entrar antes de que se resfríen. Thea, deberías volver a bailar con Su Alteza. Estoy segura de que todos querrán veros juntos ahora que vais a casaros. *Por fin* añadió con fuerza al final, lanzando una mirada poco impresionada a Nathan.

Se sentía como un niño robando castañas confitadas de la cocina. Estaba claro que pasaría los próximos años ganándose la simpatía de su futura suegra. De hecho, esperaba con impaciencia la oportunidad.

Thea deslizó su mano entre suya y sus dedos se entrelazaron. Él se llevó las manos a los labios y rozó sus nudillos con un beso.

Bueno, será mejor que vaya a hablar con tu padre murmuró mientras seguían a la señora Swann y a Lady Barrington al interior.

Déjame hablar con él primero susurró.

Supongo que es una buena idea. Dudo que me haya perdonado por romperte el corazón no le encantaba la idea de tener que enfrentarse al señor Swann, pero era lo correcto. Cuadró los hombros y, con Thea del brazo, estaba preparado para enfrentarse a lo que viniera, incluso a un futuro suegro furioso.

CAPÍTULO 7



Thea estaba temblando mientras Nathan y ella entraban juntos en Pemberton Hall, cogidos del brazo. Las personas empezarían a hablar en cuanto los vieran, pero a no le importaba. Después de tantos años, la soledad. Había recuperado la otra mitad de su corazón.

Tu padre está por aquí dijo su madre con más suavidad ahora que estaban dentro.

Entraron por el borde del salón de baile y Thea vio a su padre.

Iré a buscarlo dijo su madre, esperen aquí.

Nathan se inclinó para susurrarle.

¿Por qué me siento tan jodidamente nervioso?

Porque sabes que se va a enfadar. Por eso debo hablar con él primero.

Thea vio cómo su madre detuvo a su padre en medio de una conversación, y sus cabezas se tocaron brevemente mientras compartían una conversación en voz baja, entonces su padre giró para mirar hacia ellos.

Oh, cielos murmuró al ver la mirada seria de su padre.

Oh, cielos repitió él.

Su padre se dirigió hacia ellos, haciendo que los bailarines se dispersaran mientras cruzaba el centro de la pista de baile. Todos lo miraron confundidos, pero a él no pareció importarle.

Hastings saludó bruscamente, pero no hubo calidez en su tono.

Señor Swann respondió Nathan.

He escuchado que desea tener una conversación privada conmigo su padre finalmente miró hacia ella.

Así es. Pero, papá, primero debo hablar contigo. Insisto en ello.

Muy bien. A Sir Giles no le importará que usemos la biblioteca condujo a Thea y a Nathan a la biblioteca y, después de que Thea le siguiera dentro, su padre cerró la puerta en las narices de Nathan.

Mi querida niña dijo su padre con más suavidad. ¿Qué es esto del matrimonio? Cuando tu madre dijo que os había encontrado… eh… reencontrándoos, por poco no le creo.

Necesitaba hablar contigo para contarte lo que pasó aquel día hace ocho años, cuando Nathan vino a casa a proponerme matrimonio.

Te escucho se apoyó en una de las mesas de lectura más cercanas, con los brazos cruzados.

Esa mañana había ido a ver a su padre pidiendo permiso para pedirme que me casara con él, y el viejo duque dijo que no. No sólo eso, sino que amenazó a nuestra familia, papá. Amenazó con comprar tus deudas, que, si recuerdas, en aquella época eran bastante considerables, y dijo que echaría a mamá y a mis hermanas a la calle para que… se ganaran la vida como pudieran. Cuando le dijo esto, supo que no podía casarse conmigo, por tu bien y el de todos los demás

miembros de nuestra familia. Aquel día me dijo la verdad, nunca me la ocultó, pero eso no hizo más fácil su pérdida. No sé cuántas veces deseé en vano que me hubiera roto el corazón por haber sido un hombre cruel, no uno noble. Habría sido más fácil olvidar, seguir adelante si hubiera sido así, pero no lo fue había dedicado los últimos ocho años a una labor significativa en favor de los pobres, además de ayudar a cuidar de sus hermanas y pasar tiempo con sus amigos. Había sido una buena vida, pero no estaba completa sin Nathan.

Su padre guardó silencio un largo momento.

Y ahora que el viejo Hastings ha muerto, el año de luto ha terminado y ha venido a por ti.

Así es, papá. Él no sabía que yo no estaba casada. Me hizo jurar que me casaría con otro, que amaría a otro, pero sabes que no pude. Lo he visto esta noche y ha sido como si volviera a tener dieciocho años. A él le pasó lo mismo. Hablamos en la terraza y le dije que no me había casado se sonrojó por lo rápido que las cosas habían conducido a aquel beso explosivo, pero no se atrevió a compartirlo con su padre. Me propuso matrimonio inmediatamente.

Y fue entonces cuando tu madre te encontró…

Sí.

Thea, eres mi niña querida, la primera de esa salvaje prole de hermanas. Sabes lo mucho que te amo. Simplemente no puedo entregarte a ningún hombre, no hasta que esté seguro de tu felicidad.

Lo sé se le hizo un nudo en la garganta. Verle esta noche, me ha dado una alegría indescriptible. No puedo decirte ahora cómo me siento al saber que los sueños que mantuvieron unidos los pedazos de mi corazón todos estos años, ahora se harán realidad. Es como si toda mi alma estuviera bañada en la luz más gloriosa besar a Nathan, estar en sus brazos, había ahuyentado todas las sombras del pasado que había entre ellos.

Su padre parpadeó rápidamente y se frotó los ojos.

Bueno, no puedo interponerme en ese camino, ¿verdad?

Podrías, pero no lo harás moqueó e intentó sonreír.

Mi querida niña volvió a decir y le acarició la mejilla. ¿Qué voy a hacer en casa cuando sólo estén tu madre y tus hermanas? se burló, y ella rio.

Te reirás y pondrás los ojos en blanco, como siempre has hecho. Además, la casa de Nathan está muy cerca.

Lo está, gracias a Dios suspiró. Está bien, déjame hablar con el muchacho.

Thea fue la que puso los ojos en blanco esta vez.

Tiene veintiocho años, padre. No es un muchacho.

Mientras yo siga vivo, y por tanto mayor, es un muchacho su tono fue juguetón.

Thea salió al pasillo y encontró a Nathan paseándose sobre la alfombra oriental.

¿Va todo bien? preguntó él.

Sí, ahora te verá.

Nathan la besó rápidamente y, con una sonrisa encantadora, entró en la biblioteca y cerró la puerta.

Thea se pegó a la puerta, intentando, y sin conseguirlo, escuchar las palabras pronunciadas entre los dos hombres que más amaba.

¿Thea?

Se giró al escuchar la voz de Lewis.

Oh, Lewis, me has asustado.

Él soltó una risita mientras se reunía con ella junto a la puerta cerrada.

¿Estás espiando? ¿Quién está dentro?

Thea ahogó una risita.

Es tu hermano… Y mi padre.

Nathan y tu… Por Dios, dime que las noticias son buenas.

Las noticias son muy buenas le aseguró.

Los ojos de Lewis se iluminaron de alegría.

Brillante, absolutamente brillante. Me alegro mucho de escucharlo luego guiñó un ojo. ¿No te dije que sólo bailaras una vez con él?

Thea lo miró.

¿Sabías que él pensaba que me había casado?

Creía que sabía que no te habías casado, pero nunca hablamos de ti. No estaba permitido mientras padre vivía. Y después de su muerte, Nathan apenas hablaba con nadie. Fue un maldito milagro que consiguiera que viniera al baile de esta noche.

Thea apretó las manos de Lewis.

Si no lo hubieras hecho, quizá nunca hubiéramos… no pudo soportar terminar el pensamiento. Él también pareció darse cuenta.

Pero él vino. Y ahora todo va a ir bien, ¿verdad?

Sí sus ojos ardieron con lágrimas frescas, así es.

La puerta de la biblioteca se abrió, Nathan salió y los vio.

Ah, hermano, he escuchado que las felicitaciones se aproximan Lewis le tendió la mano.

Así es. De hecho, tenemos, con algo de persuasión, la posibilidad de casarnos mañana en Navidad se volvió hacia Thea. Tu padre no creía que te importara una boda apresurada. No quiero esperar ni un minuto más, y aunque no puedo ir a Londres a por una licencia especial, sí que puedo pagarle a la iglesia local un tejado nuevo, quizá, o nuevos himnarios, algo que nos permita saltarnos las amonestaciones.

No me importa una ceremonia rápida. Creo que he traído un vestido adecuado, pero tendré que hablar con mi madre para asegurarme.

Excelente extendió la mano. Ahora, con eso resuelto, creo que me debes una buena docena de bailes.

¿Eso no provocará que los cotillas hablen? preguntó.

Sin duda, pero como nos casaremos mañana, creo que no tenemos motivos para preocuparnos su sonrisa fue tan cálida que la hizo sentirse extrañamente ruborizada. No había visto esa sonrisa en ocho años. Era una sonrisa de picardía burlona, de amor y adoración, todo en una expresión encantadora.

Venga, señorita Swann. Tenemos que bailar.

Y así lo hicieron, durante la hora siguiente, hasta que les dolieron los pies y la cara de tanto sonreír. Sir Giles hizo callar a la orquesta por un momento y anunció que los carruajes estaban todos atrapados y que nadie podría salir esta noche, y que todos eran bienvenidos a quedarse en su casa, cuyas habitaciones eran abundantes en número.

Atrapados en la nieve por Navidad Thea suspiró soñadoramente mientras se apoyaba en el brazo de Nathan. Qué maravilla.

Así es, una maravilla Nathan la sacó del salón de baile junto con los demás invitados, y ella se reunió con su madre y sus hermanas en medio de la multitud al pie de las escaleras.

Te veré mañana por la mañana, amor mío Nathan se inclinó y besó su mano antes de que su madre la condujera escaleras arriba.

Nathan se inclinó y le dio un beso en la mano antes de que su madre la acompañara arriba. Ella se detuvo para mirarlo una vez más y los latidos de su corazón se ralentizaron. Qué diferente

había sido esta noche de lo que había esperado. Había salido de su casa con el corazón roto y ahora, en medio de la alegría de la temporada, le habían dado una segunda oportunidad de ser feliz. Era un pensamiento que se repetiría una y otra vez mientras se metía en la cama con la nieve cayendo afuera.

CAPÍTULO 8



La mañana de Navidad estaba nevada y el cielo nublado cuando Thea, envuelta en una brillante capa amarilla y dorada, bajó del carruaje que la había llevado a la pequeña iglesia que colindaba con la propiedad de Sir Giles. Se echó la capucha hacia atrás mientras subía los escalones de la iglesia con su padre.

Ninguno de los dos dijo una palabra, ambos temían hablar para no dejarse llevar por las emociones. Su padre se limitó a suspirar con una sonrisa triste y a darle unas palmaditas en la mano mientras la conducía al interior y le quitaba la capa, entregándosela a uno de los lacayos de Sir Giles que los había acompañado.

Vamos a casarte, ¿eh? dijo su padre mientras se colocaban al final del largo pasillo que conducía al altar. Nathan la miraba, Lewis estaba a su lado.

Caminó hacia él, su corazón palpitaba con una alegría silenciosa pero infinita. Su padre le besó la mejilla y dio un paso atrás para que ella pudiera ponerse al lado de Nathan y pronunciar sus votos. Fueron declarados marido y mujer entre los vítores de los invitados, quienes habían asistido al baile de la noche anterior. Se escuchaban murmullos de lo bonita que era una boda el día de Navidad, de lo romántica que era. Thea estaba de acuerdo. Las fiestas solían ser su época favorita del año, pero después de perder a Nathan, también había perdido la alegría de la Navidad. Pero ahora había recuperado la magia de las fiestas.

Los festejos del día fueron una deliciosa mezcla de risas, el desayuno de bodas, la tarta y celebraciones en general. Los hombres fueron en busca de un tronco de Navidad, mientras las mujeres bebían sidra caliente y se calentaban junto al fuego. Al cabo de unas horas, los hombres pasaron por delante de la ventana, cantando y riendo mientras arrastraban un gran tronco. Sir Giles iba a la cabeza, su voz de barítono cantando villancicos.

Thea soltó una risita al ver que Nathan y Lewis se unían a la diversión. Se sonrojó al pensar que dentro de unas horas pasaría su noche de bodas con él.

La cena fue copiosa, con pavo trinchado, pudines de higos, salsa de arándanos y varios platos más que dejaron a Thea bastante satisfecha, pero su estómago aún temblaba por los nervios mientras se preparaba para irse a la cama poco después. Muchos de los invitados aún no estaban listos para retirarse, pero los hombres comenzaron a tomarle el pelo a Nathan diciéndole que tenía que ocuparse de sus deberes maritales de inmediato. Así que ella y Nathan, cogidos de la mano, subieron juntos a la cama sintiéndose muy avergonzados.

La doncella de Lady Pemberton se ocupó de ayudarla a desvestirse y deshacer su peinado.

Estará bien, señorita prometió la muchacha antes de dedicarle a Thea una sonrisa alentadora y marcharse.

Thea sabía vagamente lo que le esperaba esta noche, pero no por ello estaba menos nerviosa.

Casi dio un respingo cuando Nathan llamó a la puerta de la habitación.

Entra le dijo. Se quedó de pie junto a la cama, enredando las manos en su camisón. Él entró en su habitación, llevaba puestos pantalones de dormir y un banyan rojo oscuro que lo envolvía.

¿Cómo te encuentras? le preguntó mientras se acercaba a ella y separaba suavemente sus dedos ansiosos del camisón.

Nerviosa admitió. Era algo extraño sentirse tan tímida hacia él ahora después de todo este tiempo, después de todo lo que habían pasado, pero ocho años separados le habían quitado mucha confianza física cuando se trataba de estar a solas con él.

Nunca digas eso bromeó con un brillo en los ojos. No mi Thea. ¿No fuiste tú quien escaló el muro de los jardines del viejo señor Adams para robar sus frambuesas? Yo tenía mucho más miedo que tú.

Soltó una risita.

Hice eso, ¿verdad? una parte de ella había olvidado cómo había sido de joven, cómo había sido salvaje y despreocupada.

Sí, y te prometo que esta noche será mucho mejor que eso.

¿En serio? ladeó la cabeza y le lanzó una mirada pícara.

Él soltó una risita y, antes de que ella pudiera reaccionar, la recostó en brazos y la tumbó suavemente en la cama.

Ahora, acordemos que ninguno de los dos se asuste por lo que descubramos esta noche.

¿Lo que *descubramos*? ¿Qué quieres decir?

Quiero decir, querida, que yo tampoco he hecho… *esto* antes.

Thea miró fijamente a su marido.

Tú… ¿también eres virgen? soltó abruptamente, y luego se tapó la boca con la mano.

Eh... sí, lo soy miró hacia el suelo, pareciendo estudiar la alfombra con bastante intensidad, como si esta contuviera los secretos del universo.

Ella se sentó en la cama y le cogió una mano.

¿Pero cómo? preguntó.

¿Cómo? arecía confundido por la pregunta.

Sí, ¿por qué no…? Seguro que había otras mujeres que querían…

Había muchas, pero ninguna de ellas eras tú. Tuve muchas oportunidades a lo largo de los años, pero mi corazón y mi cuerpo no estaban interesados le apretó suavemente la mano. Así que exploraremos esto juntos levantó su mano hacia su pecho y ella deslizó la palma por debajo de la abertura del banyan. Con una habilidosa lentitud, se la quitó de los hombros. Él dejó caer la bata al suelo y quedó con el torso desnudo ante ella.

No era la primera vez que lo veía semidesnudo. Cuando habían jugado junto al río, lo había visto a menudo en calzoncillos y sin nada más, pero esto era tan diferente… él era tan diferente ahora. Había líneas musculares más marcadas, un cuerpo más voluminoso. Mientras ella seguía acariciándole el pecho, él le apartó el cabello del cuello y lo recorrió con las puntas de los dedos, como si también estuviera hipnotizado.

¿Cómo es posible que estés aún más hermosa que a los dieciocho años?

Ella bajó la barbilla, extrañamente avergonzada.

No lo estoy. Soy mucho mayor…

La edad no importa. Todavía estás en el apogeo de la juventud, mi amor, y siempre serás hermosa para mí, más con cada año le levantó la cara y se inclinó para besarla.

Fue el tipo de beso que ella había esperado por primera vez en la terraza: suave, lleno de secretos soleados y casi insoportablemente dulce. Separó los labios y dejó que la lengua de él

bailara con la suya y un calor se desató en su bajo vientre. Dejó caer las piernas a un lado de la cama y se subió el camisón hasta las caderas para poder separar las piernas y dejar que él se acercara.

Mi querido amor murmuró él mientras le acariciaba la cara.

Se besaron durante lo que parecieron horas antes de que él la ayudara a quitarse el camisón y se despojara de los pantalones de dormir. Se acostaron juntos en la cama, uno al lado del otro, sin precipitarse. Él la sujetó de la cadera con una mano y la acarició ligeramente con el pulgar mientras se limitaba a mirarla y ella a mirarlo. Su cabello caía en ondas alrededor de sus pechos, ocultándolos un poco a su vista, pero a Nathan no parecía importarle. Cogió uno de los mechones y lo enrolló en un dedo.

Esto no parece real, ¿verdad? preguntó él.

Ella rio suavemente.

No, no lo parece. Pero preferiría quedarme aquí contigo, aunque sea un sueño.

Yo también la rodeó con el brazo y se inclinó sobre ella para que se recostara de espaldas sobre la cama.

Nathan se deslizó entre sus muslos, asentando su peso sobre ella, y se sintió bien, su calor y dureza sobre ella y el suave colchón debajo.

Cuando volvió a besarla, se perdió en su sabor y en la sensación de sus labios explorando los suyos. Esta vez no había desesperación, sólo un afán juguetón que la tranquilizó. Se tensó un poco cuando él se introdujo en su cuerpo, y el pinchazo de dolor la hizo jadear contra sus labios.

Lo siento murmuró él. No volverá a ocurrir prometió.

Nathan mantuvo las caderas inmóviles, su cuerpo temblaba ligeramente mientras le besaba el cuello y le mordisqueaba ese punto en la curva del cuello y el hombro que hacía sentirse mareada y sonrojada. Ella levantó las caderas hacia las de él, alentándolo a moverse.

Nathan, tienes que moverte. Creo que voy a morir estaba segura de que algo infinitamente maravilloso estaba a punto de aflorar en su interior, pero temía que lo perdería si él no se movía.

La risa de él retumbó en su interior.

Me temo que, si me muevo, *yo* podría morir, pero ten por seguro que nunca te negaré nada levantó las caderas y sacó su miembro casi por completo antes de volver a penetrarla, y la súbita plenitud la dejó sin aliento. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él mientras la penetraba lentamente, tomándose su tiempo hasta que ella comenzó a gemir de desesperación bajo él.

Por favor, Nathan, me estás torturando le clavó las puntas de los dedos en los hombros, incitándolo. Él respondió con movimientos más rápidos, embistiendo más fuerte, más profundo, hasta que ella sintió una sensación de perfección física que creció en su interior, y gritó cuando llegó a un clímax cegador. Entonces se desmoronó y cayó rendida ante los sueños del placer. Nathan continuó moviéndose uno o dos segundos más, y luego se puso rígido y gritó roncamente su nombre.

Se desplomaron sobre la cama, sus cuerpos seguían enredados y en sus rostros había sonrisas saciadas.

¿Fue todo lo que esperabas? preguntó ella.

Fue… algo incomparable con todo lo que he experimentado. ¿Y tú? le preguntó preocupado. ¿Te he hecho mucho daño?

No sonrió y le acarició la cara. Sólo un poco al principio, y al final... se sonrojó. Bueno, quiero volver a hacerlo muy pronto, marido.

Pícara insaciable se burló y le besó la punta de la nariz. Dame un momento para recuperarme

y te complaceré, mi amor apartó las mantas de la cama y ambos se metieron debajo.

Nathan la abrazó y ella apoyó la barbilla en su pecho con un suspiro de satisfacción.

¿Es extraño decir que me siento como si pudiera dormir cien años? Ahora mismo me siento tan en paz le dio un beso en el pecho, sintiéndose mucho más cómoda ahora con la desnudez de él y con la suya propia de lo que nunca habría imaginado.

Yo tambiénle acarició el cabello. Me sentí perdido en una tormenta durante tanto tiempo que es difícil confiar en la orilla en la que he desembarcado, aunque se siente firme bajo mis pies.

Bajo los míos también esbozó una débil sonrisa que lo hizo reír.

Se recostaron juntos durante un rato antes de hacer el amor por segunda vez. Cuando se acercaba la medianoche, la luz de la luna apareció de repente tan brillante y blanca en el balcón de su habitación que era tan clara como la luz del día.

Iré a cerrar las cortinas Nathan salió de la cama y se puso su bata para protegerse del frío. Luego se dirigió al balcón. Nathan se levantó de la cama y se puso la bata para protegerse del frío. Luego se dirigió hacia el balcón. Atraída por seguirlo, cogió su propia bata la cual yacía detrás de una silla y se unió a él en la ventana.

La rodeó con un brazo y la estrechó contra sí mientras contemplaban el mundo nevado e iluminado por la luna.

¿Serás feliz conmigo? preguntó él.

Delirantemente feliz. ¿Y tú? arrugó la nariz, preocupada.

Ridículamente feliz pasó un dedo a lo largo de toda su nariz respingada, arrancando una sonrisa genuina de sus labios suaves como pétalos.

Somos unos locos enamorados.

El tono avellana de los ojos de Nathan fue tan ardiente que hizo que su corazón palpitara a un ritmo irregular.

Locos con suerte concordó.

Habían perdido tanto tiempo el uno sin el otro. Pero nunca más. Nunca se dejarían ir.

Cuando él empezó a correr la cortina, vio dos palomas posadas en el borde de la barandilla del balcón. Ella intuyó que eran la misma pareja de la terraza que daba a los jardines donde Nathan y ella se habían reencontrado. Las dos palomas se acurrucaron la una contra la otra. Una tenía los ojos cerrados y la otra los tenía a media asta, como si se sintiera perdida en el placer de estar cerca de su compañera. Parecían felices, tan felices como podían serlo dos criaturas hechas la una para la otra. Thea sabía exactamente cómo se sentían. Se acercó a Nathan cuando éste se volvió hacia la cama, sintiendo su corazón tan ligero que amenazaba con desvanecerse con una ligera brisa. Nathan la abrazó y le dio un beso que sólo prometía cosas buenas, y esa noche, mientras soñaba con su futuro, los vio a ambos, acurrucados juntos como las palomas.

El segundo día de Navidad, mi verdadero amor me regaló dos tórtolas y un amor eterno.

¡MUCHAS GRACIAS POR LEER *LA PALOMA DEL DUQUE*! PASA LA PÁGINA PARA LEER EL prólogo y el primer capítulo de *El Canalla de Drury Lane.*

PRÓLOGO



Inglaterra, 1810

Christopher “Kit” Hollingsworth estaba atrapado en el infierno. Tenía las manos atadas con grilletes de hierro y se encontraba en un barco de transporte con destino a Australia. La cabeza le palpitaba por haber recibido varios golpes en los últimos días. Gimió e intentó incorporarse. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? El sonido de las olas rompiendo rítmicamente contra el casco de madera le recordó que el barco ya estaba muy mar adentro. Inglaterra se desvanecía cada vez más.

Examinó las esposas y luego miró a los demás prisioneros que lo rodeaban. Hombres y mujeres estaban sentados muy juntos, cadera con cadera y hacinados como animales. Un fuerte hedor impregnaba el aire, haciendo que a Kit se le revolviera el estómago.

Un hombre grande y corpulento caminaba entre las filas de prisioneros. Empuñaba un grueso garrote de madera del largo de su antebrazo. Kit había sido golpeado en el estómago con aquel garrote la primera vez que lo empujaron bajo cubierta. Incluso la visión de aquel grueso trozo de madera lo hizo sudar frío. El hombre golpeaba inquieto el garrote contra su carnosa palma mientras miraba a los prisioneros.

Hey, ¿Quién de vosotros es Hollingsworth? preguntó.

Los rostros sombríos y cansados de los hombres y mujeres destrozados no mostraron ninguna reacción ante las palabras del hombre. No era a ellos a quien buscaba. Kit no quería saber qué quería aquel hombre de él, pero no se escondería. Era hijo del conde de Kentwell, por Dios, y no se escondería ni se acobardaría ante su destino, por sombrío que fuera.

Yo soy Hollingsworth dijo, pero el sonido fue áspero por la falta de su uso y de agua. Tenía los labios agrietados y le dolía tragar. Levantó un poco sus manos maniatadas, llamando la atención del hombre.

Levántate y ven conmigo, el capitán quiere verte dijo el hombre, y luego se dio la vuelta.

Kit se apoyó en la viga de madera más cercana y se puso en pie. Se arrastró detrás del hombre con pasos lentos y dolorosos. Sentía todo el cuerpo como si fuera una herida abierta. Por suerte, no le habían atado los pies y pudo seguir al hombre por las dos cubiertas hasta el camarote del capitán y sus oficiales.

Se dirigieron a un camarote situado en la popa del navío. Kit enderezó la espalda, preparándose para lo que viniera a continuación. El hombre le dirigió una mirada repugnante antes de cerrar la mano en un puño y golpear la puerta con los nudillos.

Adelante gritó una voz grave desde el interior del camarote.

El hombre fornido abrió la puerta y empujó a Kit al interior del camarote antes de darse la vuelta y quedarse en el pasillo a esperar, cerrando la puerta.

Kit miró a su alrededor, observando la cama, el lavabo, el baúl y la mesa cargada de mapas y cuadernos de bitácora. Un hombre que supuso que era el capitán estaba sentado a la mesa, de espaldas a él, mientras revisaba una pila de papeles sobre el escritorio.

Acércate para que pueda verte ordenó el capitán.

Tras dudar un momento, Kit rodeó la mesa para presentarse ante el capitán. Al hacerlo, vislumbró su propio reflejo en un alto espejo de cristal situado en la esquina opuesta de la habitación. Sus ropas, antaño finas, estaban muy deterioradas. Su camisa blanca estaba rota y los finos bordados de su chaleco de seda estaban deshilachados y manchados de sangre, suciedad y otras cosas. Su cabello colgaba de su cabeza en mechones oscuros y lacios. Sólo sus ojos, de un marrón oscuro e insondable, conservaban algo del fuego que quedaba en él.

Christopher Hollingsworth, hijo del Conde de Kentwell el capitán levantó un trozo de papel para leer mejor la información. Kit no dijo nada y esperó a que el hombre siguiera hablando. Tienes diecinueve años. Tu delito, al parecer… fue hurto mayor de mercancías del *Wind Sprite*, un barco perteneciente a la Compañía de India Oriental. Fuiste condenado a muerte, pero la sentencia fue conmutada por siete años de transporte. Sin duda tu influyente padre tuvo algo que ver no parecía esperar una respuesta, y Kit no se la dio.

Se quedó mirando al frente, con los ojos clavados en la pared que había detrás de la cabeza del capitán. Hacía dos meses, Kit estaba en su club de caballeros, Berkley's, jugando al whist con sus amigos, cuando fue detenido y acusado de robar mercancías del *Wind Sprite*. Tras pasar cuatro meses en la prisión de Newgate, se enfrentó a un juicio y a una sentencia. Pocos días antes de su ejecución, le informaron que su padre había utilizado todo su poder y dinero para comprar su vida. Una vida que durante los siguientes siete años no sería suya.

Ese *eres* tú, ¿verdad, muchacho? preguntó mientras dejaba el papel sobre el escritorio y se cruzaba de brazos.

Kit bajó lentamente la mirada. El capitán tendría unos cuarenta años, la cara cetrina y pálida, y era delgado pero musculoso. Llevaba un chaleco finamente bordado y unos pantalones bien confeccionados.

Sí, pero soy inocente había gritado esas palabras tantas veces en los últimos meses que había perdido la voz. Ahora, cuando hablaba, ya no esperaba que nadie le creyera. Los tres hombres que habían sellado su destino habían planeado su engaño y traición con tanta astucia que la mayor parte de Inglaterra creía en su culpabilidad.

Seguro que sí dijo con una risita fría e irónica. Pero es demasiado tarde para cambiar eso. Estás en mi barco. Respeta mis normas, mantén la boca cerrada y puede que sobrevivas el viaje.

Kit trató de humedecerse los labios y se aclaró la garganta.

¿Puedo preguntar adónde nos dirigimos? Supongo que a Australia.

Nos dirigimos al asentamiento colonial de Sullivans Cove.

No hizo más preguntas, aunque lo deseaba.

La mayoría de los convictos de este barco serán enviados a cuadrillas de trabajo o a estaciones fuera del asentamiento. Si lo haces bien, podrías trabajar a cambio de dinero en los últimos años de tú condena. También es posible que te envíen a trabajar para un particular, que podrá pagarte por tu trabajo a su discreción. Una vez cumplida tu condena, si te has comportado bien, serás declarado hombre libre. Serás libre de quedarte en Australia o regresar a Inglaterra. En ese momento, podrás ir adonde quieras, siempre que tengas los medios para viajar.

Un zumbido sordo comenzó a vibrar en los oídos de Kit. *Siete años*… La cifra empezaba a penetrar lentamente en la conmoción que lo había mantenido congelado los últimos meses. Pero a medida que la conmoción se desvanecía, la ira ocupaba su lugar, enroscándose en su corazón y

plantándose como un espino en sus huesos. Su ira era tan profunda que abrasaba su alma.

¿Nos entendemos? preguntó el capitán. Sé que vienes de un linaje que debe remontarse a los días de Carlomagno, pero a bordo de mi barco no eres diferente de cualquier otro criminal. Recuérdalo.

Lo entiendo respondió, las dos palabras pesaron al salir de sus labios.

Bien. Puedes volver abajo con los demás.

Kit se preguntó si su condición como hijo de un conde había sido la causa de que lo eligieran a él o si los demás prisioneros serían llamados de la misma manera. Se unió a su hosco escolta en el pasillo exterior del camarote y fue escoltado de vuelta al oscuro vientre del barco, donde las imágenes, los sonidos y los olores de la desesperación humana amenazaban con ahogarlo. Estaba derrotado, *por ahora*, pero había empezado a contar los días de esos siete años. Cuando volviera a ser un hombre libre, regresaría para vengarse.



El capitán James Murray miró pensativo los papeles que se referían al crimen del joven lord. El muchacho apenas tenía diecinueve años y probablemente no sobreviviría al viaje. A pesar de las palizas que debió de haber recibido en Newgate antes de que lo pusieran a bordo del barco de James, seguía siendo un muchacho fuerte, y eso lo convertiría en un objetivo.

Le habían pagado generosamente para que Hollingsworth no sobreviviera a la travesía. Los términos eran que sería asesinado y arrojado por la borda. Normalmente, James vería que se hiciera, pero no con este chico.

Hollingsworth era hijo de un conde. Eso tenía cierto peso, independientemente de la convicción del muchacho. Si él moría en el barco, James tendría que dar cuenta del incidente a las autoridades, que era mucho más de lo que haría por los otros convictos. Eso lo pondría en el camino de hombres poderosos como el padre del muchacho, y él no quería a un conde buscando su sangre. Era mejor dejar que el chico llegara a Sullivans Cove y que el salvaje e indómito país y sus criminales habitantes se encargaran del asunto por él.

Intentó concentrarse en la pila de papeles que tenía sobre el escritorio, pero su mente no dejaba de pensar en Hollingsworth.

Lo que más le preocupaba eran los ojos del chico. Nunca había visto semejante mirada en los ojos de un hombre, y eso que llevaba casi diez años llevando como prisioneros a colonias penales a algunos de los peores criminales de Inglaterra. Los ojos del muchacho contenían tal furia que James no dudaba de que, si le daban la oportunidad, sellaría la perdición de quien se interpusiera en su camino.

Esos ojos encerraban la promesa de la *muerte.*

CAPÍTULO 9



Siete años después

Londres, 1817

Un barco atracó bajo el amparo de la oscuridad. La luna estaba cubierta por nubes de tormenta, ocultando la entrada del barco mientras se deslizaba silenciosamente hacia el puerto justo después de medianoche.

Kit Hollingsworth se aferró a la barandilla con tanta fuerza que las débiles cicatrices de sus nudillos se volvieron blancas. Recorrió los muelles con la mirada, escuchando el crujido del barco y el ligero susurro del viento a través de las velas de lona mientras los marineros se apresuraban a las jarcias para terminar de virarlas.

Siete años. Hacía siete años que no veía Londres… pero esos siete años le parecían un siglo.

El joven Christopher de diecinueve años hacía tiempo que había muerto. El cuerpo de Kit estaba tonificado por años de trabajo físico: romper piedras, construir asentamientos y trabajar en el campo. Su vida en Sullivans Cove había eliminado cualquier debilidad en su interior. Había crecido otros siete centímetros, lo que lo hacía más alto que la mayoría de los hombres, y los delgados músculos de su cuerpo se habían vuelto gruesos y tensos. Una barba toscamente recortada le cubría la mandíbula y llevaba el cabello más largo de lo que él creía que estaba de moda, aunque no sabía ni le importaba lo que estaba de moda en esta parte del mundo. Dudaba de que su propia madre lo hubiera reconocido si estuviera viva.

Mientras la tripulación bajaba por una pasarela hasta el muelle, los hombres empezaron a descargar cajas de mercancías. Un oficial de la policía fluvial del Támesis subió a bordo para supervisar los procedimientos y asegurarse de que las mercancías del barco fueran a donde debían y no fueran robadas o arrojadas al agua para ser recogidas más tarde por ladrones. No pasó desapercibido para Kit que lo habían inculpado de un delito que ahora era fácil de evitar. Había perdido siete años de su vida porque lo habían acusado de contratar a “trabajadores” y “cargadores” para robar casi todo el transporte de tabaco de un barco.

Kit sintió un tic en la mandíbula cuando se colgó al hombro la bolsa de lona que contenía sus escasas pertenencias y descendió por la pasarela. Sus botas aterrizaron con la ágil gracia que había adquirido en los dos últimos años, trabajando en una casa como sirviente por contrato. *Ser visto, no escuchado*. Eso era lo más valioso que había aprendido: la capacidad de moverse en silencio, con rapidez y sin ser visto. Asintió hacia la tripulación del barco al pasar, y luego caminó solo hacia las lejanas tabernas llenas de humo que rodeaban el muelle.

Al pasar por viejos lugares que deberían haberle resultado familiares, se sintió como un forastero observando un lugar que ya no reconocía. Buscó unas monedas en su monedero y, al llegar a una calle más transitada, le hizo señas a un taxista. El conductor enarcó una ceja al ver la

tosca vestimenta y el aspecto rudo de Kit, pero aceptó el dinero.

¿Adónde, pues? preguntó el conductor, puntuando su frase con un bostezo.

A la calle Knightley dijo Kit.

El hombre se estremeció un poco.

¿La Plaza del Diablo?

¿La qué?

El conductor lo miró de soslayo.

¿Dónde has estado viviendo? Así es como se llama, ¿no? dijo en voz baja. La Plaza del Diablo, porque los lores que viven en esas lujosas casas son peligrosos. ¿Seguro que quieres ir allí?

¿Peligrosos, verdad? la tétrica sonrisa de Kit hizo que el conductor cerrara la boca y se acomodara en su percha. Dudaba que alguien en esta ciudad pudiera asustarlo ya. No después de las cosas que había visto… las cosas que había hecho.

Abrió la puerta del taxi y subió. Se recostó contra los cojines del coche y, por reflejo, se estremeció, pero no sintió dolor. Los azotes habían cesado hacía varios años, pero su cuerpo recordaba cada latigazo, cada laceración, y había pasado meses sin poder apoyarse en nada. Los viejos hábitos eran difíciles de romper.

Cerró los ojos y respiró hondo para tranquilizarse. En cierto modo, Londres no había cambiado. Los olores y sonidos de una ciudad llena de gente, industria y vicio se mezclaban en la atmósfera, haciendo que su cabeza palpitara. Era tan diferente de Australia. Había pasado los últimos siete años en una tierra salvaje con criaturas peligrosas de todos los tamaños y algunos de los criminales más peligrosos que habían escapado de la horca. Pero más allá de eso, el paisaje había sido abierto, con cielos azules despejados y vientos limpios que sólo sabían a libertad.

Londres no era menos peligrosa que los asentamientos coloniales a su manera, pero aquí, en esta ciudad, él era ahora una de las criaturas de las cuales temer en la oscuridad. Su inocencia, su encanto juvenil y su derecho como joven y rico lord habían desaparecido para siempre. Sinceramente, ya no sabía quién era. Sólo sabía lo que *no era.*

Cuando el carruaje se detuvo, saltó a la acera.

Buena suerte el conductor golpeó apresuradamente las riendas contra el lomo de sus caballos y el carruaje se alejó, desapareciendo rápidamente en la oscura calle.

Kit miró la hilera de casas a ambos lados de la calle mientras los recuerdos que había ocultado ferozmente en su corazón, recuerdos que una vez habían sido su única luz, volvían en destellos salvajes. Era un chaval de catorce años que corría por la calle, llamando a sus amigos para que lo atraparan. A los dieciséis, había cabalgado su primer caballo castrado junto con su padre por el parque, con la cabeza bien alta. Se había subido a todos los árboles del jardín que había detrás de su casa y había escalado todos los muros de las casas de sus amigos. Mil aventuras soleadas le susurraron desde detrás de un muro de dolor, vergüenza y arrepentimiento.

Sus amigos más queridos habían vivido una vez aquí… ¿Seguían viviendo aquí?

Lionel, Darius, Felix, Vincent, Warren.

Sus nombres le venían a la memoria. Habían sido uña y carne, se creían jóvenes apuestos que sólo tenían el mundo por delante. Habían correteado por Londres haciendo travesuras como todos los jóvenes de su edad. ¿Dónde estaban ahora aquellos muchachos? Lo habían defendido valientemente siete años atrás; habían clamado justicia y habían hecho lo que pudieron para ayudar a su padre a salvarlo de la breve caída y la repentida detención de la horca.

Kit temía que aquellos muchachos que habían sido tan leales entonces hubieran cambiado

ahora. ¿Alguno había tomado sus títulos? ¿Vivían en el campo con esposas e hijos? Tenía mil preguntas, pero esta noche no tendría respuestas, salvo una. Su padre. Dejó de lado todas las demás preocupaciones y se concentró en lo que le diría a su padre cuando lo viera.

Avanzó silenciosamente por la calle, evitando los brotes de luz que las lámparas de aceite proyectaban desde las ventanas de las casas. Por fin, estaba frente a la casa de su padre. Su corazón golpeó contra sus costillas cuando llamó a la puerta. Durante un largo momento, no ocurrió nada. Era tarde, pero seguro que alguien escucharía...

La puerta se abrió con un chirrido y un mayordomo canoso lo miró desde atrás, con unas gafas en la nariz.

¿Sí? preguntó el mayordomo con suspicacia.

Kit entrecerró los ojos mientras reconocía lentamente al hombre.

Dios mío, ¿eres tú, Palmer?

Sí, soy el señor Palmer.

Kit dio un paso instintivo hacia el hombre ya familiar, aliviado, pero Palmer retrocedió.

Mantenga las distancias, señor. No permitiré ninguna broma advirtió el mayordomo.

Fue entonces cuando comprendió por qué no parecía reconocerlo. Ya no era el muchacho que Palmer recordaba.

Palmer… soy yo dijo, con la voz aún oxidada por la falta de uso.

Palmer entrecerró aún más los ojos.

Diga su nombre o llamaré al alguacil.

Kit se acercó lentamente.

Soy Christopher. Estoy en *casa*.

¿A… Amo Kit? jadeó. Dios mío…

Palmer desapareció de la vista, y Kit escuchó el distintivo sonido sordo de un cuerpo cayendo mientras el mayordomo se desmayaba detrás de la puerta parcialmente cerrada.

Maldita sea Kit empujó la puerta y se agachó junto al hombre caído. Palmer, despierta sacudió los hombros del hombre y, al cabo de un momento, los párpados de Palmer se movieron.

¿Amo Kit? gimió mientras Kit lo ayudaba a incorporarse. ¿De verdad es usted?

Me temo que sí dijo secamente.

El mayordomo lo miró atónito.

Sé que es tarde, pero debo que ver a mi padre necesitaba verlo, ver la cara de su padre ahora que por fin estaba en casa. Había soñado con este momento tantas noches y lo había deseado más que nada en el mundo.

Amo Kit… su padre… está… Palmer tenía el rostro ceniciento y la mirada llena de dolor.

No tuvo que decir nada más. Kit llevaba tanto tiempo en presencia de la muerte que se había convertido en una vieja amiga a la que percibía con facilidad.

¿Cuándo murió? las palabras fueron amargas en su lengua, y su brusquedad pareció dejar atónito al hombre mayor. El chico educado y con tacto que había sido alguna vez había desaparecido.

Falleció justo después de las Navidades del año pasado. Lo recuerdo porque ese día nevó muy fuerte y él no paraba de preguntar por qué tenía tanto frío, por muchos fuegos que encendiera en la casa.

Su padre se había ido. Kit había llegado demasiado tarde. La fuerza a la que se había aferrado durante los últimos siete años, la esperanza también, habían desaparecido, junto con su padre. Esperaba que la única carta que había podido enviar le hubiera llegado a su padre, diciéndole que volvía a casa.

¿Recibió mi carta? preguntó, con un nudo en la garganta.

No, amo Kit. No recibimos nada…

Ya se lo temía.

¿Dónde lo enterrasteis?

Lo enterramos junto a su madre, en el campo.

Kit cerró los ojos y respiró entrecortadamente mientras luchaba contra una oleada de dolor. Su futuro le deparaba muchas incertidumbres, pero ésta era una de las que nunca se había planteado. La última vez que había visto a su padre, el viejo león había estado rugiendo contra la injusticia del sistema legal que había permitido que Kit fuera condenado falsamente. Entonces no estaba enfermo ni frágil.

¿Cómo ocurrió? preguntó Kit.

Nunca volvió a ser el mismo después de que se lo llevaran. Dejó de cuidarse. La señora Swanson se volvió loca intentando cocinar cualquier cosa que lo tentara a comer. Los jóvenes de la plaza hicieron todo lo posible por cuidarlo. Pero un corazón roto es un corazón roto, y él temía que usted nunca volviera a casa. Luchó incansablemente por apelar su caso, pero fracasó cada vez, y con cada fracaso perdía más y más esperanzas.

Palmer estrechó las manos de él entre las suyas y sus ojos ancianos miraron hacia sus manos grandes y callosas como si no las reconociera.

Extrañamente avergonzado, Kit estuvo a punto de apartarse. Se había vuelto receloso de que alguien lo tocara. Las caricias solían ir acompañadas de dolor. Había tenido que luchar contra más de un prisionero por comida, agua o simplemente para defender su propia vida. No había recibido una caricia de consuelo de nadie desde que había salido de Londres.

¿Mis amigos? ¿Cuidaron de él?

Lo mejor que pudieron dijo Palmer con un silencioso orgullo. Los muchachos nunca dejaron de esperar a que volviera a casa o a tener noticias suyas de las colonias.

Kit habría sonreído, pero no le quedaba alegría dentro.

Ojalá hubiera podido escribir. No podía permitírmelo, no hasta que fuera libre para volver a casa no se atrevió a decirle al viejo que había estado demasiado ocupado los primeros años tratando de no morir a causa de los elementos, los otros convictos y los hombres a cargo de sus tareas.

Ayúdeme a levantarme, amo Kit hizo una pausa, frunciendo el ceño. Lo siento, usted es… *su señoría* ahora… Debo recordarlo.

Amo Kit bastará por ahora, Palmer levantó al anciano y lo condujo al salón, donde Kit encendió una lámpara. Miró a su alrededor y observó que la casa estaba limpia, pero muchos de los muebles estaban descoloridos y las alfombras raídas. ¿Qué tan mal están las cosas, Palmer? preguntó después de un minuto. ¿Papá lo ha perdido todo intentando comprar mi libertad? cuando había sido acusado y condenado, su padre había gastado tanto de su riqueza tratando de salvarlo que había temido que su padre no se recuperara financieramente.

No, al final le quedaba mucho dinero. Sus amigos gestionaron bien sus inversiones mientras usted estuvo fuera. Intervinieron después de que se lo llevaran y lo ayudaron a recuperar gran parte de lo que perdió.

Entonces, ¿por qué demonios el lugar está en ruinas? su tono fue un poco más duro de lo que pretendía.

Ha sido decisión de su padre. Simplemente no quería que tocáramos nada que no fuera para limpiarlo. Creo que temía que, si cambiábamos algo en la casa, significaría que usted nunca volvería a casa.

Kit se pasó la palma de la mano por la barba, y esta vez el suspiro que dejó escapar fue largo y le dejó una sensación de vacío en el pecho.

¿Quién se encargó de la casa y del personal después de su muerte?

Lord Tiverton, por supuesto dijo con orgullo.

Ah suspiró. Lord Tiverton era el duque de Tiverton, el padre de Darius St. John. Llevaban más de treinta años viviendo en la misma calle, mucho antes de que hubieran nacido Kit o Darius. Por supuesto, Tiverton habría vigilado la casa, esperando que Kit regresara para hacerse cargo. Si no lo hubiera hecho, Kit podría haber sido declarado muerto por un taimado pariente lejano, y entonces la finca habría pasado a manos de ese pariente antes de que Kit regresara de Australia. Tenía una gran deuda con Lord Tiverton.

¿Por qué no vuelves a la cama, Palmer? Buscaré mi antigua habitación y me instalaré su atención se desvió hacia su bolsa de lona que estaba en el pasillo exterior.

¿Tiene hambre, señorito Kit? la señora Swanson aún recuerda todos sus platos favoritos, y estoy seguro de que podría prepararle una buena cena antes de que se vaya a dormir sugirió el mayordomo.

¿Hambre? No encontraría algo de comida en las cocinas después de que Palmer se fuera a la cama. No quería molestar más al viejo hombre esta noche. Vete a la cama instó mientras acompañaba al anciano a la escalera de servicio, lo arreglaremos todo por la mañana.

Muy bien, milord entró en la escalera y Kit cerró la puerta tras él.

Cogió su maleta y la llevó a su habitación del primer piso. La cama, la colcha roja, el escritorio y la cómoda no habían sido tocado en siete años. Dos estanterías altas seguían repletas de tomos adornados con relucientes letras doradas en los lomos.

Sus dedos ansiaban tocarlos. No había tenido ocasión de leer, ni dinero para comprar libros hasta los dos últimos años que había estado trabajando en las colonias. Incluso entonces, había estado ahorrando hasta la última moneda para comprar el pasaje de vuelta a casa. La única vez que leyó un libro fue cuando se lo pidió prestado a su patrón para leerlo después de terminar su jornada laboral, pero para entonces ya había estaba agotado y se había dormido inmediatamente. Cuando se había despertado, la pesadilla de su vida había vuelto a empezar.

Él dejó la bolsa de lona sobre la cama, sabiendo que esta noche le costaría dormir en el colchón de plumas. Su última ropa de cama sólo tenía unos centímetros de grosor, y en los últimos siete años su cuerpo se había acostumbrado a dormir sobre superficies duras.

Kit encendió una lámpara y la colocó en una mesilla cerca de la ventana antes de desempacar. Su bolsa contenía una camisa de repuesto, un par de pantalones de marinero, un pequeño peine de cerdas rotas, un par de tijeras y una navaja de afeitar sin filo. También había otro par de botas y una pequeña pieza de marfil tallado en forma de elefante. Levantó el elefante y el frío marfil le calentó la palma de la mano.

Su último amo, un hombre llamado Anthony Lockwood, se lo había dado una noche después de que Kit le contara la historia de cómo había acabado trabajando en Sullivans Cove. Lockwood había creído realmente que era inocente. Le había entregado el elefante a Kit como regalo y le había dicho:

—Los elefantes nunca olvidan. Tú tampoco deberías.

Se refería a los tres hombres que habían enviado a Kit a prisión. Thomas Balfour, juez de paz; Jackson Townsend, empleado de la compañía naviera; y Maynard Walsh, socio de Kit en la compañía naviera de la que éste había comprado la mitad de la propiedad.

En esa época no sabía que su inversión había sido una trampa, que estaba destinado a ser el tonto al que habían planeado culpar del robo de tabaco una vez descubierto el delito.

Kit dejó el elefante en el alféizar de la ventana y se detuvo al oír que algo repiqueteaba contra ésta. Se acercó al cristal y miró hacia la calle, donde había una figura oscura. El hombre se inclinó para recoger algo del suelo y volvió a levantarse. Torció el brazo y lanzó algo contra la ventana de Kit, que se estrelló con otro tintineo.

Maldita sea, el hombre estaba lanzando piedras contra su ventana. Kit se movió con rapidez y bajó corriendo las escaleras hasta la puerta principal antes de que el hombre rompiera su ventana.

En cuanto la abrió, la figura del exterior se coló en el vestíbulo. ¡Era un truco! El hombre no estaba intentando llamar su atención; había estado intentando que alguien lo dejara entrar. Antes de que el hombre pudiera reaccionar, Kit lo sujetó del cuello y lo estampó contra la pared, gruñendo una advertencia en la oscuridad.

—Muévete y te rompo el cuello —estrujó la garganta del hombre con sus dedos en señal de énfasis. No sabía qué quería este hombre, pero Kit no se fiaba de nadie. Por lo que sabía, este hombre podría haber sido contratado por Balfour y Walsh para vigilar su regreso y matarlo si era posible.

—Podría ser difícil hacerlo… si te perforan el pulmón —gruñó el otro hombre.

El agudo pinchazo de una cuchilla contra las costillas de Kit le hizo darse cuenta de lo tonto que había sido. Por supuesto que un ladrón iría armado si estaba haciendo un intento de robo tan audaz.

Al reconocer su derrota, Kit soltó al otro hombre y retrocedió lentamente. El hombre era de estatura parecida a la suya, con el pelo negro como el ala de un cuervo, y sus brillantes ojos azules resplandecían a la luz de la luna menguante que entraba por la puerta abierta. Reconoció al hombre, pero la sorpresa del rostro, tan cambiado como el suyo propio, lo pilló desprevenido.

—¿Darius? —dijo Kit con inseguridad. Nunca olvidaría esos ojos, aunque la cara hubiera cambiado de la de un niño a la de un hombre. Era Darius St. John.

—Dios mío… —el rostro de Darius palideció al mirar a Kit—. Kit —exhaló, sus ojos se suavizaron con afecto fraternal—. Dios... eres tú, ¿verdad?

—Sí —respondió Kit. Se sentía incómodo con la oleada de emociones que le producía ver a su viejo amigo. No estaba preparado para enfrentarse al pasado, ni siquiera a las mejores partes, quizá incluso a las que lo eran más que el resto, porque nunca podría volver a aquellos tiempos buenos antes de que su mundo ardiera a su alrededor.

Darius lo estrechó en un fuerte abrazo.

—Dios, hombre, no sabes cuánto te hemos echado de menos —le dio una palmada en la espalda a Kit y por fin lo soltó. Darius sonreía, pero Kit permanecía congelado mientras sentía que la carga de esos años perdidos pesaba sobre sus hombros—. Kit, ¿estás bien? —preguntó, y luego maldijo en voz baja—. Claro que no. Es una pregunta estúpida. Nadie estaría bien después de lo que has pasado.

Kit no sabía qué responder, así que se limitó a gruñir. ¿Cómo era posible que Darius pudiera leerlo tan fácilmente a él y a la situación en la que se encontraba?

—Quiero oírlo todo, por supuesto, pero deberíamos esperar a los demás —dijo Darius muy serio.

—¿Los demás? —respondió Kit, confundido.

Darius entró en el salón y acercó la lámpara a la ventana. Se detuvo y pasó el objeto frente a la ventana, luego lo retiró de la vista cinco veces seguidas. Luego observó la calle durante un momento y repitió los extraños movimientos. Sólo entonces bajó la lámpara y volvió a mirar a Kit.

—¿Qué demonios estabas haciendo?

—Convocando a los demás —dijo Darius con una sonrisa seria—. Vendrán pronto. Hemos ideado un método sencillo para enviarnos señales cuando tenemos noticias. Desde que te enviaron lejos, desconfiamos de que alguien lea los mensajes que enviamos, al menos nada que tenga que ver contigo.

—¿Por qué ibais a enviar mensajes sobre mí? —preguntó Kit, aún confundido y desconcertado por saber con quién estaría hablando Darius.

—Porque nunca hemos dejado de intentar demostrar tu inocencia. Hemos tenido que ser cuidadosos al respecto.

—Cuando dices nosotros, te refieres a… —Kit esperó su explicación.

—Los demás… Lionel, Warren, Felix, Vincent. Por Dios, Kit, no creerás que nos hemos olvidado de ti después de tantos años —Darius lo miró fijamente, claramente estupefacto de que Kit pensara precisamente eso—. Hemos pasado los últimos siete años fingiendo ser aristócratas escandalosos jugando en los jardines de esparcimiento y haciendo carreras con nuestros carruajes de dos caballos y todas esas tonterías. Pero en realidad… hemos cambiado, Kit, igual que tú —los ojos de Darius estaban llenos de un viejo dolor—. Nos hemos convertido en una especie de… sociedad secreta. ¿Recuerdas ese viejo chiste que solían hacer sobre nosotros cuando éramos muchachos? ¿Los Pícaros de Devil's Square? Bueno, me temo que se ha hecho realidad; somos hombres peligrosos, Kit, tan peligrosos como nos las arreglamos para serlo. Nos hemos entrenado en combate de todas las formas, hemos practicado señales y escritura en código y todo tipo de cosas, todo mientras vigilábamos a tus enemigos, porque se han convertido en nuestros enemigos.

—¿Habéis estado vigilando a Walsh y Balfour todo este tiempo?

—Walsh y Balfour son listos, y no queremos subestimarlos. Por eso he venido a investigar cuando te he visto aquí. Era mi noche para quedarme en la calle y vigilar —declaró Darius como si eso fuera bastante obvio—. Vi la luz encendida en la ventana y no sabía quién estaría en tu habitación. Pensé en venir a ver y atraer a quien fuera a la puerta. Nunca imaginé que serías tú, pero me alegro mucho de que así fuera. Parece… —Darius hizo una pausa y volvió a mirar por la ventana—. Que somos afortunados. Los demás ya vienen. Debieron haber llegado pronto a casa de sus salidas nocturnas y visto la señal.

Efectivamente, un momento después, cuatro figuras aparecieron avanzando hacia la casa de Kit. Darius salió del salón para recibirlos en la puerta principal. Kit se quedó en su sitio, con la mente acelerada al darse cuenta de las personas que estaban a punto de entrar por esa puerta.

Por primera vez en siete años, sus amigos, ahora peligrosos caballeros que vivían en Devil's Square, iban a estar juntos de nuevo.

SI QUIERES SABER QUÉ OCURRE A CONTINUACIÓN, ¡CONSIGUE EL LIBRO AQUÍ!